

8-7-67



# LA VERDAD CATÓLICA.

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTIFICA, LITERARIA E HISTORICA.



Con la aprobacion y licencia de la autoridad eclesiástica.



SEVILLA:—1867.  
Imprenta de Manuel Padilla y Salvador  
Colon y Batehojas, 12.

Los Señores suscritores que deseen encuadernar los dos tomos ya concluidos de nuestra Revista pueden remitirlos á esta Administracion; donde además de encuadernarse por el módico precio de 5 rs. tomo para los suscritores de Sevilla y 6 cada uno de los que hayan de mandarse por el Correo, se les completarán gratis cualquiera pliego que les falte ó se haya inutilizado.

Núm. 16

8 de Octubre.

Año 2.<sup>o</sup>

**LA**  
**VERDAD CATÓLICA.**

---

**REVISTA**

RELIGIOSA, CIENTÍFICA, LITERARIA É HISTÓRICA.

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIASTICOS,

BAJO LA DIRECCION DEL

**SR. D. NICOLAS DE LORA Y RIVAS, PRO.**

CAPELLAN REAL DE LA DE SAN FERNANDO.

---

Con la aprobacion y licencia de la autoridad Eclesiástica.

---

TOMO 3.<sup>o</sup>

**SEVILLA.**

Imprenta de Manuel Padilla Salvador; Colon 10.

1867.

AÑO 3.º

6 de Octubre

Año 18

# REVISTA

## REVISTA

RELIGIOSA, CIENTÍFICA, LINGÜÍSTICA E HISTÓRICA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS

BAJO LA DIRECCIÓN DEL

SR. D. NICOLÁS DE LONA Y RIVAS, PRO.

CALLEJA REAL DE LA DE SAN FERNANDO

En la imprenta de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

TOMO 3.º

SEVILLA

Imprenta de Manuel Pablos, editores, Calle 10

1837

---

## SUSCRICION EN FAVOR DE S. S.

Suma anterior. . .	594 rls. vn.
D. Antonio Quero, Pro. (mensual). . .	10.
Suma reales. . .	604.

## ESPIRITUALIDAD É INMORTALIDAD DEL ALMA

---

Todas las razones emitidas en el Artículo anterior consignando en el hombre un agente pensador, que está sobre su naturaleza y la domina, que obra libremente desentendiéndose de las obras de la materia, que ama, en fin, ó aborrece por elección propia é independiente del mundo corporal y visible; todas las razones presentadas; por último, probando la existencia del alma, comprueban á la vez su espiritualidad y califican al hombre de un ser compuesto de materia y de espíritu, de cuerpo y de alma, igual por aquel á todos los seres materiales, y superior por esta á todos los animales y poco menos que los ángeles, segun el testo sagrado.

Muchos siglos de continuas disputas sobre la naturaleza y existencia de los espíritus; las sutilezas abstractas de los filósofos, empeñados en sostener el principio universal de la materia; y las invectivas ridículas de los incrédulos queriendo confundir y desterrar las ideas genuinas de Dios, espíritu y alma, han venido á confirmar la verdad del principio religioso, vindicando á Moisés en su historia bíblica sobre la creacion sancionando su doctrina, única que no cae en contradicciones ni se precipita en el absurdo. Dice aquel que reunida toda la Trinidad en el gran Consejo que precedió á la formacion del hombre, la mano creadora formó un cuerpo del lodo de la tierra, *inspiró en su rostro el soplo de la vida y fué hecho el hombre en ánima viviente*. Es de notar que todos los seres de la creacion, como no contenian mas que un solo elemento, habian salido á un acto solo de la voluntad creadora, á un solo *fiat* del lábio omnipotente; pero al tratar la formacion del hombre se reúne la Trinidad toda, diciendo «hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza» y los bendijo con estas palabras: *Creced y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla y dominad* etc. En esta sencilla reseña del escritor sagrado se notan ya los dos elementos que componen al hombre, y se deduce que su naturaleza es superior á la de los demás seres, puesto que ha sido hecho para dominar, y no para ser confundido con el resto de los demás. Aquí se presentan dos operaciones distintas é inconexas; primera, la formacion de su cuerpo sacado de un poco de barro; segunda, el soplo de Dios en su rostro para infundir el alma; y la una con la otra completar un ser segun la imágen y semejanza de Dios; en la primera nada

vemos que salga del orden material, la creacion aquí se reduce á dar distinta forma á aquel poco de tierra, organizarlo, combinar sus partes y formar un todo conforme á la idea del Criador; la segunda se dirige á infundir en aquel cuerpo un espíritu semejante á Dios, no en sus formas, porque Dios no las tiene, sino en su esencia, para que á imágen de Dios fuese espiritual, inmortal y eterna; así solo se comprende su imágen y semejanza, de donde resulta esa union íntima de la materia y el espíritu que componen al hombre, presentando ese misterio tan repetido como incomprendible de que dos sustancias distintas en su naturaleza, incapaces de obrar la una sobre la otra, se correspondan y relacionen de tal manera que el cuerpo obedezca siempre á los deseos del alma, y esta dependa muchas veces del cuerpo para formar estos mismos deseos. Este misterio de la mano omnipotente que debia siempre confundir al hombre en las maravillas de su creacion, ha sido en muchos un motivo de héreticas aberraciones, prefiriendo rebajarse á la calificación del estólido bruto con tal de no humillarse á creer lo que en sí mismo experimenta.

Terminada ya la creacion del hombre podemos seguir su vida y su historia para convencernos cada vez mas de la espiritualidad de su alma, por la que domina como rey á toda la creacion; él está colocado en medio de los seres y es el único á quien Dios dirige sus miradas y sus palabras, porque es el único á quien ha dotado de ese principio pensador y conocedor que lo distingue; habla con él y lo lleva al paraíso, y llama á todos los seres que tenían movimiento y vida para que reconozcan su dominio y soberanía; es mas, porque peca desobedeciendo su pre-

cepto, lo castiga y le hace probar el fruto amargo de su desobediencia con el desórden y rebelion que experimenta dentro de si mismo, que todos conocemos, y que otro dia le hizo quejar á S. Pablo aquella lucha cruel entre la ley de sus miembros y la ley de su razon. entre el cuerpo y el alma: en fin, Dios obra con el hombre como un ser inteligente, libre, dueño de sus acciones, y acreedor á recompensas ó castigos. ¿Y pueden estos dotes convenir á la materia? ¿Si así es, por qué no sucede lo mismo con los demás animales? Solo el hombre fué hecho á imágen y semejanza de Dios, porque él solo goza de una alma que domina á la materia y que se asemeja en su accion libre á la accion poderosa del mismo Dios: su pensamiento, su memoria, su reminiscencia, sus aspiraciones y deseos abarcan los tiempos y los siglos, y parece que lo acercan á la inteligencia infinita señalando distintamente su imágen y semejanza por su naturaleza y porque como Dios ha de contar los dias de la eternidad.

Así se establece el dogma de la inmortalidad del alma que la filosofia materialista pretende oscurecer, para salvarse de responsabilidad y de temores, igualándose con el bruto que carece de libertad y de conciencia; no estrañamos este delirio, porque para el hombre sin fé es una ventaja el materialismo y una carta de seguridad el ateismo y la nada; y si los testimonios de nuestra inmortalidad no resaltáran con tanta viveza y energia hasta en nuestros mismos instintos, todo hombre vicioso habría de ser forzosamente materialista; pero cuando la misma naturaleza nos habla mas alto que todos los sofismas de la incredulidad sacando una prueba irrecusable de la inmortalidad del alma que no puede contradecir la misma filosofia, forzoso es convenir que el alma es inmortal.

Todo está dispuesto tan sábiamente en la naturaleza, que de la misma organizacion de los seres se deduce claramente su objeto, su destino y su fin: por poco que meditemos en esta verdad tan profunda como maravillosa, examinando desde el insecto que vive en las entrañas de la tierra hasta el águila que hiende los espacios, admiraremos una distribucion de partes perfectamente ordenadas en cada uno de los seres con relacion al fin para que están destinados. ¿Y para qué está destinado el hombre? ¿No tiene otro objeto ni otro fin que luchar entre las borrascas de esta vida difícil, llorar sus continuos azares para dejar entre el polvo su precaria existencia? ¿Morirá todo el hombre y quedará todo entero en el hueco del sepulcro? ¿Qué nos dice su naturaleza? ¿Qué destino nos revela su organizacion? La cualidad mas inherente que vemos en esta organizacion, la ley mas universal y mas inexorable que notamos de su naturaleza es el hastío, el disgusto, el mal estar con todo lo que le rodea y forma el fondo de su vida comun, y solo en tanto que ayudados de la fé remontamos el vuelo de nuestra esperanza á espacios eternos é infinitos, no considerando á la muerte sino es como una nube ligera que empaña el brillo de nuestro ilimitado horizonte, encontramos un orden de pensamientos y de ideas correspondientes al orden de nuestras aspiraciones; y desengañado siempre el hombre sobre la posesion de los bienes y placeres que suspira, inquieto y disgustado, lo mismo entre honores que entre delicias, sin ser constante mas que en la inconstancia de sus deseos, nunca contento ni con la fortuna que le protege, pregunta como Alejandro ¿hay mas mundos que conquistar? porque desvanecidas las ilusiones de su ambicion, marchitos y secos los laureles de su orgullo, solo le que-

da en el corazon aquella gran verdad escrita en los libros santos: «todo en la tierra es vanidad y aficcion de espíritu.»

El hombre, pues, es un ser maravilloso, pero que á su perfeccion falta alguna cosa; la razon es muy clara; mientras que todos los animales desconocen el tédio y el hastío y nada les falta para saciar sus deseos, siempre iguales y reducidos siempre al círculo de sus necesidades materiales; mientras que en ellos no vemos ni perplejidad, ni volubilidad ni enojo; en fin, mientras que todos los seres llenan el destino, el objeto y fin para que fueron criados y dispuestos segun su organizacion, solo el hombre que parece ser su señor y su jefe, cuyas facultades dominan á la naturaleza y cuyo genio parece dispuesto á mayores goces y delicias mas grandes y verdaderas, el hombre solo sufre y suspira siempre sin llenar los deseos instintivos de su misma organizacion; de aquí debemos deducir que ó el hombre es un ser incompleto, el único imperfecto entre todos los seres de la creacion, ó tiende por instinto y por la organizacion de su misma naturaleza á buscar esa perfeccion infinita, reservada á su alma en el dia ilimitado de la eternidad: lleno siempre su corazon de deseos superiores á la vida, aspirante á una felicidad que no encuentra, sensible al hastío que le producen los objetos que posee, tiene necesidad de buscar otro objeto, otro destino y otro fin relativo á los instintos innatos de su alma; necesita pues, la eternidad, el infinito; por eso le tranquiliza y le sacia la idea de la inmortalidad.

De aquí el que este dogma haya sido respetado por todos los siglos y por todas las naciones, sin que sobre esta doctrina tan importante quepa una opinion ni un

sistema, porque ninguna opinion podrá combatir una doctrina que se pierde en las tinieblas de la mas remota antigüedad, ni hay sistema que pueda oponerse á una verdad que precede á todo lo que tenemos de cierto, y que establecida sin oposicion en las creencias de todas las edades han dado públicos testimonios de una tradicion tan instintiva como universal.

¿Qué significa el culto religioso de los muertos, reconocido siempre y en toda la tierra? ¿Es mas que una derivacion ó consecuencia de ese dogma consolador de la inmortalidad del alma? Oigamos un momento al célebre autor del Génio del cristianismo sobre esta verdad importante: «En esto, dice, es en lo que la naturaleza humana se presenta superior al resto de la creacion y declara sus altos destinos. ¿Conoce acaso la bestia su atahud y se inquieta por sus cenizas? ¿Qué impresion le causan al bruto los huesos de sus padres? O mas bien, ¿sabe cuál es su padre despues de haber pasado las necesidades de la infancia? Entre todos los seres creados, el hombre solo recoge las cenizas de su semejante, y las dirige un respeto religioso: para nuestros ojos, el dominio de la muerte tiene alguna cosa de sagrado. ¿De dónde nos viene, pues, la idea poderosa que tenemos de la muerte? ¿Merecerian nuestros homenajes algunos granos de polvo? No, sin duda no: respetamos las cenizas de nuestros antepasados, porque una voz secreta nos dice que no se ha estinguido todo en ellos; y esta voz es la que consagra el culto fúnebre en todos los pueblos de la tierra. Todos están igualmente persuadidos de que el sueño no es duradero, aun en la tumba, y que la muerte no es mas que una transfiguracion gloriosa.»

En fin, si hay Dios el alma es inmortal: sin la

verdad de este dogma faltarían en Dios los atributos que constituyen su esencia; no sería justo ni sábio, si el polvo y la nada fueran el premio y castigo de los hombres: «si no hay una sancion en la otra vida, dice M. de la Lucerne, no hay virtud sobre la tierra ni Dios en el cielo. El quitarle sus causas es desterrar la virtud; y el privarle de sus atributos es reducir á Dios á la nada.»

NICOLÁS DE LORA, PRO.



## LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

de los principales filósofos en los tres últimos siglos

### FR. LUIS DE GRANADA.

(CONCLUSION.)

Hemos visto en el artículo anterior las poderosas razones con que el ilustre Fr. Luis de Granada destruye á los racionalistas, naturalistas, panteistas y demás génios que contradicen el orden de la Providencia, sin que por esto haya dejado esos rasgos de virtud ascética que lo distingue entre todos los escritores y filósofos pensadores de su tiempo. Nos proponíamos concluir de insertar esos admirables pensamientos que fueron y son la admiracion de las eminencias de todos los siglos; y hoy damos los fragmentos de sus *Excellencias de la fé*, en la que brilla el clasicismo de nues

tra lengua con la profundidad filosófica de los mas elevados pensamientos.

Habla de los principales errores que los filósofos de su tiempo predicaban sobre el último fin del hombre, y dice: «Siendo la fé el fundamento de todo el edificio espiritual y como este ha de ser fijo y firme, esto no puede alcanzarse ni por la lumbre de la razon ni por la doctrina y estudio de la filosofía: y que la lumbre de la razon no es suficiente, vése claro por la infinidad de sectas y dioses que había en el mundo antes de la predicacion del Evangelio: lo cual todo duró por millares de años, sin que el tiempo fuese parte para desengañar á los hombres y sacarlos de tan pestilenciales errores. Tampoco la razon ayudada con los estudios de la filosofía era bastante para esto. Lo cual se vé por la infinita variedad y contradiccion que los filósofos tuvieron en sus doctrinas. Lo cual quien quisiere ver, lea el primer libro que Tulio escribió de la naturaleza de los dioses, y otro que Plutarco escribió de las opiniones diversas que los filósofos tuvieron en todas las materias que trataron. San Agustin, en el libro 18 de la ciudad de Dios, refiere algo de esta variedad, y así dice, que entre los filósofos unos habia que afirmaban no haber mas que un solo mundo, otros decian que habia innumerables: y de este mundo, unos decian que tuvo principio, otros que fué *ab eterno* y sin principio, otros que se habia de acabar: otros que habia de durar para siempre: unos afirman gobernarse por la Providencia divina, y otros que todo se hacia acaso. Unos decian que nuestras ánimas eran inmortales, otros mortales, y los que decian que eran inmortales afirmaban convertirse en ánimas de bestias; mas otros defendian lo contrario:

y los que la tenían por mortales, unos afirmaban que juntamente con el cuerpo acababan: otros que vivían un poco después de la muerte del cuerpo, mas no siempre. Unos ponían el fin de nuestra bienaventuranza en el cuerpo: otros en el ánima; otros en ambas partes; y otros añadían á los bienes del cuerpo y del ánima los bienes temporales. Unos decían que habíamos siempre de creer á lo que nos muestran los sentidos, y otros que no siempre, y otros que nunca. Finalmente, tanta era la contradicción que había entre ellos que se levantó al cabo otra nueva secta de los filósofos que llaman académicos nuevos, los cuales, vista la cortedad y rudeza del entendimiento humano, decían; que nada se podía saber averiguadamente sino con alguna verisimilitud y apariencia: y así su oficio era probar con razones la una parte y la otra su contraria y dejar la cosa indeterminada, por lo cual como dice Teodoreto en el libro I.º de la Providencia, que no hay necesidad de confutar estas opiniones de filósofos; porque ellas mismas con su contrariedad se deshacen unas á otras, pues la verdad no es más que una sola, mas las falsedades que se desvian del blanco de la verdad pueden ser infinitas.

«Mas allende de lo dicho, la cosa que mas claramente prueba la insuficiencia de la filosofía para dar reglas de bien vivir, es la ignorancia que los filósofos tuvieron del último fin del hombre: para cuyo entendimiento es de saber, que todos los hombres que son, fueron y serán, nacen con un apetito y deseo natural de llegar á un estado, en el cual vivan tan abastados y llenos de todos los bienes que no les quede otra cosa que desear, á lo cual llamaban felicidad, bienaventuranza, sumo bien del hombre y su úl-

timo fin. Y no dudaban ser posible llegar á tal estado, y convencidos de ello todo su estudio y diligencia pusieron en saber en qué género de bienes consistía esta felicidad y último fin; por lo que Aristóteles queriendo en el libro de sus *Éticas* dar á los hombres reglas y orden de bien vivir trató primero del último fin, y todos los filósofos pusieron su estudio en querer saber en qué linage de bienes consistía este fin.

«Pero anduvieron tan desvariados los maestros de bien vivir que Marco Varron (segun refiere y declara S. Agustin en el libro 19 de la Ciudad de Dios) cuenta doscientas y ochenta opiniones diversas en que unos y otros ponian este último fin. Lo cual no parecia cosa creible si no lo dijera hombre de tanta autoridad.

«Despues de haber referido S. Agustin la opinion de Marco Varron escarnece tan gran desvario como era poner bienaventuranza en esta vida, cercada por tantas partes de mil cuentos de miserias y calamidades. Porque si segun Varron, hombre afamado entre los griegos y latinos, la bienaventuranza consiste en la posesion de todos los bienes del cuerpo y del alma ¿qué hombre se hallará tan abastado de todos estos bienes y tan exento de todos los males, siendo esta vida un mar de continuos desasosiegos y alteraciones donde son muchas mas las miserias del hombre que los cabellos de su cabeza, donde son tantas las enfermedades del cuerpo, tantos los apetitos y deseos desordenados del ánimo, tantas iras y odios, tantas envidias y tristezas, tantas las congojas por no poder alcanzar lo que desea, tantas las lágrimas por las muertes de los deudos y queridos, tantas las injurias

y agravios de los malos vecinos, tantas las traiciones y disimulaciones de los falsos amigos; tantas las injusticias de los malos jueces; donde hay tan poca verdad, tan poca fé; tan poca lealtad, donde la malicia y ambicion reina, donde la virtud está arrinconada y olvidada, donde ninguna cosa vale mas y puede mas que el dinero, donde el hijo á veces desea la muerte de su padre, y el yerno la de su suegro, y aun el hermano la de su hermano por venir á ser su heredero?

«¿Pues qué dirá de la continua guerra de la carne contra el espíritu? ¿Qué de las tentaciones del enemigo? ¿Qué de las asechanzas y falsos testimonios, pleitos injustos que nos levantan los hombres perversos? ¿Qué de la tiranía y soberbia de los poderosos? ¿Qué de las lágrimas y opresiones de los que poco pueden? Lo cual Salomon (Ecles. 4) tenia por tan grande mal que alababa mas á los muertos que á los vivos y que tenia por mas dichoso al que no habia nacido ni visto los males que pasan debajo del sol. Pues ¿quien será tan ciego que en tal manera de vida piense que se podrá hallar bienaventuranza, donde tal infinidad de miserias hay que le agüen y encuentren? Las cuales no solo nos dá este desengaño mas tambien nos avisa, que no podemos navegar por este mar tan alterado y tempestuoso, sin llevar á Dios por gobernador, el cual consintió que fuese tal, por que nuestras mismas necesidades y miserias nos llevasen á él.

«Y tornando al propósito si demás de lo dicho se requiere para esta felicidad, segun Varron, cumplida sabiduría, ¿cuántos años y cuánto estudio es necesario para alcanzarla? Pues dijo Platon que eran dichosos aquellos que habian llegado á ser sábios aunque en la vejez:

y si junto con la sabiduría requiere perfecta virtud y para esta es necesario tener domadas y mortificadas las pasiones ¿quién será tan dichoso que sin el socorro de la divina gracia pueda llegar aquí? Pues si estas habilidades son tan dificultosas de juntar, ¿cuánto más se rán las que se requieren para ser un hombre bienaventurado, de las cuales una sola que falte, basta para oscurecer toda su felicidad? Porque mas parte es esta sola para hacerle miserable que todas las otras juntas para hacerle feliz. Esto mostró á la clara aquel gran privado del rey Asuero, Aman (Esth. 3.º) el cual siendo uno de los mas bien afortunados hombres del mundo, confesó que con toda su privanza y riquezas le parecia no tener nada, porque Mardoqueo no le hacía la reverencia que el quería.

«De todo este discurso tan largo sacamos dos cosas muy dignas de ser sabidas; la una es que pues el hombre puede alcanzar el estado de la bienaventuranza, de que tiene natural apetito (y esta no se halla en esta vida) síguese necesariamente que la podrá alcanzar en la otra; porque no es ocioso y vemos este natural deseo que Dios en nuestros corazones imprimió. Y el conocimiento de esta verdad es de tanta importancia que lo pone el Apóstol por el primer fundamento de la cristianidad diciendo (Heb. 14): que el que se llega á Dios ha de creer que hay Dios, que es remunerador de los que le sirven; lo segundo es que no era suficiente la filosofía humana ni para enseñarnos la verdadera religion y culto de Dios, ni para darnos reglas ciertas de bien vivir; porque pues no pudieron alcanzar cual era el último fin de nuestra vida tampoco podian enseñarnos porqué medios habiamos de conseguirlos, pues la razon de los medios se toma del fin.»

No es posible encontrar razones mas sólidas, pensamientos mas profundos, ni lógica mas perfecta para confundir á los neo-filósofos de nuestra época que pretenden constituirse en maestros absolutos de la humanidad, proponiendo una felicidad y bienaventuranza filosófica que se halle fuera de Jesucristo, de la Iglesia y de su católica verdad. Recomendamos á los naturalistas y demas filosofiasos de nuestra época la lectura de estos pensamientos que un humilde fraile escribia en el retiro de una celda; allí donde se alimentaba, segun ellos, el oscurantismo, donde se apagaban las luces de la ciencia, donde se descomponian los sanos principios de la filosofía, donde se predicaban y esponian las teorías retrógadas de la humanidad. Ya vemos por el ilustre Fr. Luis de Granada que es muy antigua la tendencia de los filósofos de buscar la felicidad fuera de Dios, y darle al hombre como pasto de su bienaventuranza el grosero sensualismo anti-evangélico.

Concluimos dejando sin insertar, con grande sentimiento nuestro, otros pensamientos importantes que nos ofrece Fr. Luis de Granada cuando se ocupa de los libros sapienciales de los profetas y evangelistas, de las epistolas de S. Pablo, de la conveniencia del misterio de nuestra Redencion, de la fortaleza de los mártires, de la escelencia de la Fé que fué la conversion del mundo, de los milagros, de la gloriosa resurreccion del Salvador, y de otras mil y mil cosas que este ilustre fraile estudió con admirable profundidad y dió á luz para confusión de los incrédulos; pero creemos haber publicado lo suficiente para conocer que la piedad, la fé, la virtud los ayunos, el silicio, la penitencia, el claustro, y sobre todo, la verdad católica, lejos de conducirnos á la oscuridad y á la ignorancia nos aproximan y conducen

con mano segura á la verdadera ilustracion, á la verdadera ciencia, á la sana filosofía; pudiendo decir que la fé y el claustro han engrandecido el hermoso campo de la buena filosofía, y que solo los incrédulos nos llevan á pasos agigantados hácia la ignorancia mas estúpida y el mas grosero sensualismo.



---

## NECESIDAD DEL PODER TEMPORAL.

(CONTINUACION.)

No insitiremos por mas tiempo en el exámen de los grandiosos resultados que obtuvieron los Papas por medio de las Cruzadas; tenemos horror á los lugares comunes, y basta lo indicado en el último artículo para poder apreciar la influencia que han egercido en la formacion y constitucion de la sociedad europea. Segun hemos visto, los dos grandes obstáculos, que se oponian á la marcha de la civilizacion, eran el feudalismo y el mahometismo, que uniéndose por la irregularidad de las circunstancias en un centro comun, dificultaban la calma y tranquilidad que necesitaba la Europa para su generosa reaccion en el orden politico-social. No volveremos á recordar detenidamente los esfuerzos del Pontificado y la manera con que acudia á este mal que por todas partes se hacia sentir: solo diremos que las Cruzadas correspondieron admirablemente á su propósito, los Comunes amparados por

la constante solicitud de los Papas, la descentralizacion que con este motivo se venia operando, el apoyo que decididamente prestaron á la monarquia, consolidándola y afirmándola contra todas las tentativas del feudalismo, vinieron por último á dar el resultado que todos conocemos, preparando la *unidad europea*, fraccionando á la vez y constituyendo diversos estados para mejor lograr el fin comun de la civilizacion y prosperidad que tan ardientemente procuraban.

Es ingrato y sobremanera cruel desconocer la generosa iniciativa y oportuna direccion de los Papas en la gestion de los asuntos temporales en la Edad que hemos venido estudiando; y jamás podrá negarse que sin ellos no se hubieran logrado tan pronto ni tan satisfactoriamente, resultados con los que ahora tanto nos envanecemos. Cuando vemos pararse tan friamente en el exámen de algunos abusos, ajenos á la voluntad y solo hijos de la naturaleza de aquella sociedad, desconociendo el conjunto para mejor disecar y observar el detalle con la sañada intencion de encontrar algo que afean en la grandiosa conducta del Pontificado, nos entristecen miras tan estrechas é interesadas. El hecho se impone por sí mismo, es de tal magnitud y colocado á una altura tan elevada que no podemos, al recordar la influencia del Pontificado, sino conmovernos profundamente y mostrar nuestra pública gratitud á ese poder superior, siempre inspirado por la Providencia y constituido para afirmar el bien y la ventura entre los pueblos.

Pero aun no se vé, en la época que venimos estudiando, el término definitivo á que quería conducir el Pontificado á la sociedad; en la misma proporcion que aumentan los beneficios dispensados por la Iglesia Roma-

na, crecen á la par los obstáculos y dificultades que se levantan contra su accion tutelar y protectora.

Parece que la providencia se propone probar el apoyo que presta á ese poder por el vencimiento de los obstáculos y dificultades que constantemente le salen al paso. No bien habia sido trasladada la Sede apostólica de Aviñon á Roma y habia terminado el *segundo cautiverio de Babilonia*, vuelven á aparecer nuevos disturbios y preséntase en la vida del Pontificado uno de los mayores peligros y temores que han podido ocurrirle en la larga série de sus infortunios. Todos habian aprendido por la mas tristísima y dolorosa esperiencia, que Roma no podia existir sin el Papa; el Petrarca, el Dante y otros ilustres italianos así lo habian espresado en sentidas frases á la vista del abandono y soledad de la Ciudad eterna; no solo era Roma la que tan horriblemente padecía con la ausencia de los Papas, sino tambien todas las ciudades de Italia sentían su separacion, y las artes, la industria, el comercio, la actividad toda de la Península, como que se ocultaba y escondía en un manto de tristeza que envolvía toda su circunferencia, ofreciendo las señales de la mas terrible descomposicion. No hay porqué ocultarlo; el Papado se halla adherido á Roma por la fuerza de los hombres y de las cosas, la tradicion y la historia así lo han venido consignando; debemos ver en esto la mano de Dios que quiere independenciam para sus Pontífices y esta se halla vinculada en aquella soberanía que los siglos han respetado y Dios conservará para el bien y perfeccionamiento de los pueblos. Tantas veces como los instintos revolucionarios y la pasiones mal avenidas de los que estriban en la muerte del poder temporal la realizacion de sus odiosos proyectos, ora

sea con este pretesto, ora con aquel otro, será cuestión de nombres, piensen destruir la obra de Dios, otras tantas el polvo del desengaño y de los desastres ocasionados les acreditará que es en vano la lucha. Dios no lo ha querido así, y tampoco lo querrá: con esta tranquilidad juzgamos respecto del porvenir del poder temporal, cualquiera que sean las circunstancias y la forma de ataque con que Dios quiera acompañar su obra. Todo pasará y su palabra se cumplirá á la luz de toda especie de sucesos.

Cuando empezaba á alborear para el Pontificado una era de paz y de tranquilidad, despues del desastroso interregno de Aviñon, y la Italia toda se preparaba á gustar las dulzuras de la bonanza y de la prosperidad que le traía su venerable bienhechor, el soberano de Roma, ocurre el *cisma* que por el espacio de medio siglo vino á afligir la Iglesia con las mas tristes y desoladoras consecuencias.

Era el año de 1378 y á la muerte de Gregorio XI. los *Cardenales* se disponían á nombrarle sucesor. Los Romanos rodean el cónclave, temerosos que el elegido volviera á Aviñon, y con armas y gran tumulto manifestaban su inquietud diciendo: «queremos que sea Romano.» Fué elegido Bartolomé Prignano de Nápoles, y con el nombre de Urbano VI empezó á regir la Iglesia universal. Mas á poco disgustados los Cardenales electores protestan contra su obra y eligen en Fondi á Roberto de Ginebra con el nombre de Clemente VII. La Cristiandad se divide en dos cuerpos enemigos que llenos de un furor que no perdonaba medio alguno para destruirse, usan de todo género de acusaciones, calumnias y heregías para deshonorarse y afligirse. Reconocen á Urbano Italia, Alemania, In-

glaterra, Dinamarca, Suecia, Polonia y el Norte de los Países Bajos; y á Clemente establecido en Aviñon la reina de Nápoles, Francia, España, Escocia, Saboya, Portugal y Lorena. Por vez primera el mundo cristiano se encuentra dividido, las conciencias se turban, la unidad falta, el respeto á la autoridad pontificia decrece considerablemente á la accion del encono y los mas encontrados intereses, las pasiones se soliviantan y adunan para destruir la obra de Dios, y los ins- tintos revolucionarios despiertos por Juan de Hus, Gerónimo de Praga, y los *hermanitos* dándose cita con Marsilio de Mainardino de Padua, Juan de Jandun en Champagne, Guillermo de Occam y Ubertino de Casal en su obra *Defensor pacis*, interesan á los pueblos y á los reyes en el comun conflicto, preludiando estos últimos las doctrinas, que mas tarde, Calvino resucitó para ruina y mengua de la Europa. Esta fué la situacion creada para el Pontificado, en aquellas circunstancias; situacion difícil que solo confiado y dirigido por el auxilio que le viene de lo alto, ha podido vencer y llevar á un término feliz y ventajoso. A todos estos males debemos unir el que habiéndose suspendido tan bruscamente la superior direccion de los Pontífices en los negocios temporales, llegó á faltar por de pronto aquella regla segura de justicia á que se sujetaban los reyes y los pueblos en las cuestiones que continuamente les dividian, aquel tribunal tan respetado por la opinion que conseguia dirimir y resolver las mas graves y trascendentales contiendas, quedando el derecho público á merced de la fortuna, y de los sucesos, entronizándose el derecho de la fuerza y ofreciendo un gérmen constante de division que deberia dificultar el órden é imposibilitar las re-

laciones, ora interiores entre súbditos y reyes, ora internacionales entre los diversos Estados de Europa. El caos aumenta, la confusión llega á su colmo; las universidades y colegios se dividen y se abruman con el peso de las razones y argumentos, la disciplina eclesiástica queda hecha trizas y sus girones son arrastrados al vaiven de aque crudo oleage hasta que el instinto de conservación llegó á dominar por entre aquel sombrío celage, y *todos* concurren á dar término á aquella situacion, convocándose al efecto el Concilio de Pisa que debiera hacer desaparecer el cisma y restablecer el órden y la tranquilidad.

No es difícil desconocer el estado á que habian llegado las cosas y las consecuencias que estos sucesos debian de dejar en la mente de los pueblos, dadas siempre las condiciones de perversidad y rebelión á que tan fácilmente nos acostumbramos. El ver puesta en litigio una autoridad que siempre se habia considerado indiscutible é infalible en todos sus actos y manifestaciones, la propension por otra parte de entrometernos en atribuciones que no nos pertenecen y pueden dar ocasion á residenciar y humillar autoridades que estabamos acostumbrados á respetar, y al mismo tiempo la fuerza de la opinion que les impulsaba á dar regularidad y libre paso á aquella situacion por demás embarazosa, creaban aun en los mejor intencionados y mas adictos á la autoridad pontificia un cúmulo de dificultades que hacian inquietar mas y mas los ánimos, sin prometerse una solucion verdaderamente satisfactoria.

En estas circunstancias llega á reunirse el concilio de Pisa; á él asisten 22 Cardenales, 4 Patriarcas, 26 Arzobispos, 80 Obispos, 102 por represen-

lantes, 87 abades en persona y 202 por procuradores, los embajadores de todas las naciones católicas, los diputados por las catedrales y universidades, y 300 doctores en teología y derecho canónico. Juan Charlier de Gerson sobresalía entre estos últimos, dominando de cierta manera su superior talento y acreditada reputacion aquella asamblea. No vamos á juzgar á este ilustre teólogo; la definicion que dió sobre aquel Concilio acredita bien á las claras el carácter de sus ideas y el resultado que habia de tener aquella respetable reunion. Cuando decia que el Concilio era «una asamblea de toda la Iglesia católica que comprendia todo en el orden gerárquico sin escluir á ningun fiel que quisiera hacerse oír» emitía cierto género de ideas de un carácter funesto, que despues no ha podido justificar, haciéndose cómplice de ciertos acontecimientos, que á tener de ellos conciencia, hubiera sido él quizás el primero en lamentar. Por lo demás, ninguno de los dos Papas, Gregorio XII ni Benedicto XIII quisieron tomar parte y fueron depuestos entrambos en el Concilio y elegido Pedro Filardo, arzobispo de Milan, con el nombre de Alejandro V, quién terminó la asamblea.

Era el mal superior, y el remedio puesto en accion ineficaz; habia algo mas que hacer desparecer el cisma; el pensamiento de la *reforma* cruzaba por todos los ánimos, y era imposible dejar de atender á una indicacion que por todas partes se manifestaba. El estado del clero en general, las costumbres creadas con motivo de aquellas circunstancias, las órdenes religiosas con sus irregularidades y cuestiones, principalmente la de los minoristas que con tanto calor se agitó por entrambas partes, los abusos cometidos en el

púlpito, la superstición y el extravío de las opiniones en materias religiosas, las adulaciones principalmente al poder real constituían una necesidad urgente y apremiante que el Concilio reunido en Constanza se propuso satisfacer. Creemos que aquella fué una ocasión solemne para el Pontificado, pues eran tantos los males que se pretendían poner remedio, que nunca quizás se ha visto este poder en circunstancias más críticas y difíciles. Vagaba por aquella numerosísima asamblea, en la cual tomó parte el emperador, muchos príncipes, Señores y condes, cierto espíritu de sedición á la vez que de servilismo y adulación á la potestad real que contrastaba clarísimamente con aquella antigua franqueza y firme independencia, que en otras ocasiones acompañaba á los jueces y representantes de la moral y de la fé católica. A juzgar por los resultados y el viento de la opinión que entonces dominaba entre los asistentes, parecía que había cierta latente conspiración contra la autoridad pontificia. La irregularidad de aquellas circunstancias, tal vez en parte pudiera disculpar sus intenciones; pero no se podrá negar que se exageró á todas luces la separación entre lo espiritual y lo temporal, y que al pretender consolidar en el ánimo de la Europa esta distinción, que siempre había afirmado la iglesia, en aquellas circunstancias podría considerarse cuando menos como una visible imprudencia. Y aumenta ésta extraordinariamente hasta hacerse criminal, cuando se reflexiona la demasiada ingerencia que los príncipes pensaban abrogarse respecto á los asuntos espirituales.

Por lo demás, los Papas siempre habían cuidado, aun aquellos que más han ensalzado sus prerrogativas, como Gregorio III, Inocencio III y Bonifacio VIII, asen-

tar la distincion entre ambas potestades, espiritual y temporal. No es culpa suya, ni entró jamás en sus miras, cuando la Edad media hizo necesaria su intervencion en los negocios temporales, el que se confundieran hasta cierto punto en su persona el doble ejercicio de su autoridad; lo justificaban las circunstancias, y el derecho público de Europa así lo venia exigiendo. Hemos visto el uso que hicieron de este inmenso poder en aquella época, y nada razonable podrá objetarse en contrario. Cuando mas tarde, los diversos Estados de Europa se fueron fraccionando, y buscaban naturalmente una unidad y fuerza propias, estableciendo á la vez las relaciones que creían necesarias entre los otros pueblos, fué muy conveniente, y aun necesario, que hubiera un centro común, un punto de reunion para toda la sociedad, donde aquel tribunal supremo juzgara definitivamente las diferencias entre los soberanos, y sus sentencias fueran respetadas igualmente de los príncipes y de los pueblos. Si despues el Concilio de Constanza, teniendo en cuenta las anormales condiciones porque venia atravesando la Europa, queriendo reformar prontamente cierta clase de abusos, llegó á debilitar la autoridad pontificia, acariciando al propio tiempo el poder real, comprometió la sinceridad y la buena intencion de su pensamiento, haciéndose cómplice de los males que á poco se hicieron notar. La reforma debió de operarse lentamente con la oportuna madurez, y por quien correspondia, aunque partiera la iniciativa de la necesidad urgentísima de atender á aquellas circunstancias. La separacion entre lo espiritual y lo temporal en aquella hora en que todo se encontraba en ebullicion y continua fermentacion, en que tantos y tan respetables

intereses llamaban la solicitud de los Padres reunidos en el Concilio con el objeto de cortar el cisma, fué por demás inconveniente, y los reyes como los obispos se precipitaron, y arrastrados por un zelo indiscreto quisieron anticipar un éxito que el tiempo y la continuidad de los acontecimientos hubieran proporcionado indefectiblemente; el *equilibrio* se hubiera logrado con mas oportunidad, cuando la iniciativa hubiera partido de los Pontífices, que siempre se han distinguido en la prudencia y táctica de atemperarse á las circunstancias, haciéndolas conducir al bien comun de los pueblos.

No se nos oculta la presion que naturalmente debió de ejercer en el ánimo del Concilio la situacion por demás difícil que tenia á la vista. Era necesario reconocer una autoridad, no muchas; era urgentísimo elegir canónicamente á un Papa que llevara la tranquilidad á las conciencias legítimamente sobresaltadas; y aquí recordamos con respeto la autoridad de Antonino de Florencia que decia en aquellos momentos: «aunque estamos obligados á creer que así como hay una sola iglesia, hay tambien un solo pastor, sin embargo, cuando hay un cisma, no parece necesario creer que el elegido canónicamente sea mas bien uno que otro; basta saber que solo uno puede serlo sin abrogarse la decision.» Así salvada esta dificultad por la eleccion de Martino V sedió un paso para salvar la unidad, y sus consecuencias fueron conocidamente útiles hasta para la autoridad del mismo Concilio; pues sabido es que este Papa aprobó todo lo que el Concilio habia decretado *conciliarmente*. Pero nunca pudo ni debió aprobar lo establecido en la sesion cuarta y quinta, en que se evidenció el espíritu peligroso é innovador, atentatorio á la independenciam y autoridad del Pontífice que presidia aquella asamblea.

En efecto, allí se consignaron principios y doctrinas que no puede admitir jamás ningun católico. Es ridiculo y absurdo á la vez que *el concilio sea superior al Papa*; el mismo Gersson, alma de esta apreciacion, dice en su obra (Tratado de la potestad esclesiástica) Cons. 10 y 12: «que esta opinion hubiera sido herética antes, y que solo se adoptaba á causa de la confusion y desórdenes producidos por el cisma;» sin embargo esto no le disculpa, pues sabido es que cuando Juan XXIII no creyó conveniente acceder á la invitacion del Concilio, entonces se estableció que «toda persona de cualquiera condicion y dignidad, aun la papal, estaba obligada á obedecer el Concilio en lo que miraba á la fé y á la estirpacion del cisma.»

Segun se vé, esto era un ataque directo á la autoridad pontificia, pero ataque tímido, lleno aun de rubor y de respeto á la vez que de inconsecuencia; pues, como observa oportunamente el conde de Maistre, fijándose en las palabras que á continuacion se espresan, hace notar esta incoherencia; «N. S. P. el Papa Juan XXIII no trasladará de la ciudad de Constanza á la córte de Roma ni á sus oficiales... sobre todo con respecto á los officios y oficiales, cuya ausencia pudiera ser causa de la disolucion del Concilio.» Asi confiesan los Padres que por la sola partida del Papa el Concilio se disuelve, y para evitar esta desgracia le prohiben marcharse; es decir, que *se declaran los superiores del que confiesan ser superior á ellos*. Esto es ridiculo.

No queremos detenernos en el exámen de estas y otras inconsecuencias, pues lo dicho basta á nuestro propósito; se advierte clarísimamente en este Concilio el espíritu que le asistió; reformar inoportunamente y disminuir la autoridad pontificia, guardándola unos res-

petos, que de seguro con la predicacion de las mismas ideas y su interpretacion por otros hombres, andando el tiempo, no habrian de guardarse. Fué, á no dudarlo, un precedente funesto, y ocasion tendremos de notarlo por desgracia en el asunto que nos viene ocupando.

El Concilio de Basilea, convocado por Martin y continuado por Eugenio IV, ofrece una prueba evidéntisima á poco en el año 1,431, de los temores y justos recelos que hemos querido significar respecto á esta importante cuestion. Dos cosas se hacen notar en este Concilio, cuya ausencia vino á inaugurar las desgracias del siglo siguiente, caridad y prudencia. Con el objeto de reformar la Iglesia en general la cabeza y los miembros, no solo limitó el poder papal, como el de Constanza, si no que guiado y arrastrado por la pasion, quiso sustituir la autoridad del Pontífice con la suya propia, preparando los combustibles que despues el orgullo de un apóstata vino á encender haciendo de la Europa una inmensa hoguera. Preparó inconsideradamente con sus doctrinas una rebelion abierta en Alemania, y latente y oculta en Francia, exasperó los ánimos y se hizo cómplice de todos los instintos revolucionarios; y la historia queda encargada de manifestar la culpabilidad de ciertos actos. El buen sentido de los príncipes de Francia y Alemania hizo detener por algunos momentos el cataclismo que se veia asomar en el horizonte, pues aunque las pragmáticas sanciones disminuyeron por aquel entonces algunas prerogativas de la santa sede, no obstante, habia un respeto y sincera adhesion á ese poder bienhechor, incansable operario de la felicidad de los reyes y de los pueblos. Se firmó por el Cardenal Carvajal un Concordato entre la Santa Sede y la nacion

alemana, haciendo en él justicia á las quejas elevadas por los magnates respecto á la provision de los beneficios eclesiásticos y se hicieron algunas concesiones por la sede apostólica, y la tranquilidad se restableció. El Concilio de Florencia tuvo el honor de unir la Iglesia griega y latina, y la autoridad de los ilustres Obispos que concurrieron á este Concilio, entre ellos Julio Cesarini, el Cardenal Besarion y otros, dieron calma y tranquilidad á la iglesia romana, empezando á gustar las dulzuras de la paz.

No podemos menos de consignar, al concluir, la distinta fase en que entró el pueblo de Roma á la reinstalacion del Papa sobre la silla de Pedro. Mientras el cisma y los dolorosos disturbios producidos por este motivo, Roma que es papal en toda la estension de esta palabra, se veía enflaquecer y debilitarse, vagando en derredor su mirada triste é inquieta, y buscando á su Padre y amado soberano; identificado con la vida del Pontificado experimentaba sus propios reveses y contrariedades. En vano el brillo pasajero y violento de algunos príncipes pretendian despertarla de su letargo, en vano las promesas y fascinaciones, acariciando su independencian y libertad, se empeñaban distraerla de sus pesares; Roma contaba inquieta, como *desolada esposa*, los momentos que la separaban de su Pontífice, y aprendia por dolorosa esperiencia que la voluntad de Dios habia unido su suerte á la del Papa, y que solo con la ventura de este podria gozar de la suya. No, no es posible, inútil empeño, será cuestion de lágrimas y de sangre; Dios no ha querido que el Pontificado salga de Roma, y no saldrá.

AGUSTIN SANCHEZ Y TORRES, PRO.

(Se continuará.)

— 378 —

---

## POESIAS.

### AL NUEVO PRESBITERO

D. ANTONIO M.<sup>A</sup> DE LA PEÑA.

---

#### ROMANCE.

Lleno de amor y esperanza,  
Y ardiendo en amor divino,  
Acércate á los altares,  
Ministro de Jesucristo.  
Ya el Señor, que de la nada  
Potente los orbes hizo,  
Y pródigo los conserva,  
Y dirige á su alvedrio;  
Vá á á á descender á tus manos,  
A tu palabra sumiso,  
Y á colmarte de sus dones,  
Hoy más que nunca propicio.  
Bajará, sí, de la altura,  
Donde reposa infinito,  
Y en su cuerpo y en su Sangre  
Volverás el pan y el vino.

Cada día que lo invoques,  
Así lo hallarás contigo,  
Y mansion tendrá en el pecho  
De su predilecto UNGIDO.

El remedio de los males  
Del VENGADO PARAISO  
A tí confiará tan solo  
Con inmenso poderío.

Hablarás, y de las culpas  
Huirá el escuadron precito,  
Roto su yugo de hierro,  
Rotos sus letales grillos;

Y el mortal, que los llevará,  
Siéndo de Luzbel cautivo,  
Respirará libre el áura  
DEL PERDON, Y DEL OLVIDO.

El moribundo en su lecho  
Con angustiosos ahincos  
De tí la salud espera,  
Los ojos en su Dios fijos;

Y que en el postrer aliento,  
Entre süaves deliquios,  
Su espíritu se levante  
Purificado y bendito.

De infelices delincentes  
Acallarás los gemidos  
En las oscuras mazmorras,  
De infamia y pesar recinto.

Si de la severa espada  
De la ley sienten los filos,  
Escala será del cielo  
Por tí el horrible suplicio.

Desde la Cátedra santa

Convierte á los descreídos,  
Y de la piedad el fuego  
Arda en sus creces activo.

Conjura las tristes nieblas,  
Que los errores malignos  
Por donde quiera difunden,  
Y asorda sus fieros gritos.

Tornen al profundo Averno,  
Que los arrojára altivo,  
Para orlar de crudas sierpes  
A aqueste protervo siglo:

Para humillar las virtudes,  
Y, entronizados los vicios,  
Abrir entre las discordias  
De sangre copiosos rios.

De innovadoras doctrinas  
Firme execra los delirios,  
Tan gárrulos y livianos,  
Como á las almas nocivos.

Del saber purós raudales  
Busca en los sagrados libros,  
Que ellos de la excelsa mente  
Son los reflejos más vivos.

Sigue las huellas de Pablo,  
Coloso del Cristianismo,  
Y preclarísima antorcha  
En los supremos designios.

Cruce tu voz, cual la suya,  
Los espacios infinitos:  
Con emoción la repitan  
Montes y valles umbríos.

De Gerónimo y Ambrosio,  
De Gregorio y Agustino

Estudia la alta elocuencia,  
El profundo raciocinio.

A nuestros claros varones,  
En ciencia y en virtud ricos,  
Como León y Granada  
Jamás tengas en olvido;

Ni los raptos de Teresa,  
Honra del suelo nativo,  
Del tronco del grande Elías  
Y de Stock vástago digno.

Del mundo en las tempestades  
La oracion te alcance auxilio;  
Que áncora fué venturosa  
En los mayores peligros.

A la Virgen Soberana,  
Que presta á los ástros brillo,  
Férvido invoca, si anhelas  
Luz de vida en tu camino.

Su mirada es la pureza  
Y su pecho dulce nido  
Del santo amor, con que brinda  
Constante á sus fieles hijos.

Hoy las rosas del Carmelo  
Preséntale agradecido;  
Que esparcen de las virtudes  
Los aromas exquisitos.

¡Cuán benévola se ostenta  
Entre plácemes festivos,  
Munifica desplegando  
Su clemencia y patrocinio.

Más ya las terribles llamas,  
Donde se purga el delito,  
Apagar quiere tú aliento

En el grande Sacrificio.  
Porque allí tal vez aguarda,  
Aún apenado y dolido  
El autor de tu existencia,  
Con intenso afán su alivio;  
Y subir á donde pida,  
De todas sus manchas limpio,  
Para ti al Señor las dotes,  
Que elevan á sus Ministros,  
Por tu madre ruega tierno,  
De tales gracias vestido,  
Mientras que lágrimas vierte  
De júbilo y de cariño:  
Por tus hermanos y déudos,  
Y tus más caros amigos,  
Que también, al verte, lloran  
De indecible regocijo:  
Por el sevillano pueblo,  
Que te consagra sus himnos,  
Y esos altares adorna  
Con flores y sacros mirtos.  
La Virtud, preciada reina,  
Dilate en él sus dominios,  
De la Religion augusta  
Al blando y celeste abrigo.  
¿Y olvidarás al ANCIANO,  
Que con insólito brio  
Rige la Barca de Pedro  
Contra el nefando ateísmo?  
Conjura los aquilones,  
Que por mares intranquilos,  
Alevosos la combaten  
Con un furor inaudito;

Y al más bonancible puerto  
Veámos su dichoso arribo,  
Hora y por siempre triunfando  
DE LAS PUERTAS DEL ABISMO.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

Sevilla-Julio 16 de 1867.



EL  
ROSARIO DE MI MADRE.

---

LEYENDA RELIGIOSA.

---

(CONTINUACION.)

V.

Ya en las riberas del Ebro  
Comenzaba á oscurecer  
El dia veinte de junio  
Del año sesenta y seis.

Cuando la doliente anciana  
Rubricaba este papel,  
Las páginas con su llanto  
No sin mucho humedecer.

El hijo lo recibió  
Veinticuatro horas despues,  
Al convocar las campanas  
En Madrid al pueblo fiel,

Para que en el templo santo  
Veces invocará cien  
A la Inmaculada Virgen,  
Que abate al fiero Luzbel.

Aquella epístola triste  
No bien comenzó á leer,  
Sus lágrimas á las letras  
Descendian en tropel.

Mil y mil veces besó  
Con doloroso placer  
Aquella firma, aquel nombre,  
Tan sagrado para él.

«Madre querida del alma,  
«Madre dulcísima, á quien  
«En este mísero mundo  
«Quizá ya no abrazaré;  
«De tu inconsolable hijo  
«Oiga la plegaria Aquel,  
«Que es el Padre de clemencia,  
Todo amor, supremo Bien.

«Y vos, Virgen del Pilar,  
«Que tanta y tanta merced  
«Dispensar á pecadores  
«Con larga mano soleis;  
«Por aquel amor divino  
«Que mostrásteis en Belén  
«Á Jesus, con tal pobreza  
«Por mis culpas al nacer,

«Dadme de mi anciana madre  
«Besar por última vez  
«La mano, al fortalecerme  
«Con su bendición postrar.»

## VI.

Pobre hijo! Su oración,

Muda de pena la boca,  
Con ayes del corazon,  
A María á quien invoca,  
Dirijia en su afliccion.

## VII

Del veintiuno de junio era la noche,  
Cuando Madrid, la coronada villa,  
Asombrada veia en triste coche  
La opaca luna, que sangrienta brilla,  
Fatídica anunciando al Manzanares  
Luto y muerte, infortunios y pesares.

Reina do quier silencio el mas profundo;  
Ni aun las flores halaga manso el viento;  
El cárro enmudece, y duerme el mundo,  
Sin vida, animacion ni movimiento.....  
Mas era paz y calma engañadora,  
De horribles tempestades precursora.

Solo de angosta calle en los confines,  
Cual suelen á su Dios cantar las aves,  
Entonando los salmos de Maitines  
Con voces tan acordes como graves,  
Esposas de Jesus allá en el coro  
Respondian al órgano sonoro.

Tambien en el antiguo *Humilladero*,  
Donde la hija oraba de Cervantes,  
Un sacerdote al fúlgido lucero

Con ojos acechaba vigilantes,  
Anhelando volár á Zaragoza  
Al relumbrar el sol en su carroza.

Mas no bien ¡ay! el astro resplandece  
De la mañana en despejado cielo,  
Marcial clarín que lúgubre entristece,  
Cual nuncio de rüina, y sangre y duelo,  
Con ronco y meláncolico sonido  
Del Ministro de Dios hirió el oido;

Al súbito rumor, hórrido trueno  
Del infernal cañon bronco retumba,  
Diciendo al orbe, que el profundo seno  
Abrió otra vez de la sombría tumba  
Para los hijos de la Madre España  
La Discordia feroz, ardiendo en saña;

La Discordia feroz, que cual vestigio,  
Cual satánico mónstruo del infierno,  
Un lustro y otro lustro y medio siglo  
Su encono inspira y su rencor eterno,  
Y los furoros de intestina guerra,  
Al pueblo mas hidalgo de la tierra.

¡Funesta obcecacion! Ya la mañana  
Entre nubes asoma y arreboles  
A presenciar la lid más inhumana,  
Españoles á ver con españoles,  
Hermanos todos ¡ay! todos hermanos,  
Como los tigres destrozarse hircanos.

Día fatal, de lúgubre memoria,  
Que los Marianas de la edad futura  
Describirán en la veraz historia  
Con hiel y llanto, y rasgos de negrura,  
Maldiciendo tal vez á sus mayores  
Por tanto frenesí, tantos horrores.

¡Día, día fatal!..... El Dos de Mayo,  
Cuando cavó un sepulcro en Santa Elena  
La valerosa raza de Pelayo,  
No vió, no vió Madrid, de miedo agena,  
Tantas víctimas ¡ay! cual este día  
Vió sonriendo la Discordia impía.

Piedad, Señor, piedad. Tu justa mano  
Dígnate desarmar; cese el castigo,  
Y no sucumba el pueblo castellano,  
Como el godo en los tiempos de Rodrigo.  
¡Perdon, Señor! que se dignó María  
Con sus plantas honrar la pátria mia.

Al ángel de la paz, al ángel santo  
Enviad ¡oh Señor! que venga luego,  
Y cubriendo la España con su manto,  
Estinguirá de la Discordia el fuego,  
Y cual amigos vivirán y hermanos  
Los que se ensañan hoy como tiranos.

### VIII.

A pesar de las descargas  
Con que, el fusil y el cañón

Del tranquilo Humilladero  
Retumban en derredor.

Sordo al rugir de la muerte,  
Sordo á su terrible voz,  
Que en las inmediatas calles  
Pregona desolación,

El hijo, que tanto ansía  
Con tierno y filiar amor  
De su moribunda madre  
Recibir la bendición,

De su casa muy tranquilo  
Sale con planta veloz,  
Que detienen barricadas,  
Gritos y escenas de horror.

Vedle cuál marcha sereno  
Con gran confianza en Dios,  
El Breviario en una mano  
Y en la otra su bastón.

De la Muerte no le espanta  
El ceño amenazador,  
Pues en sus verdes abriles  
Muy de cerca ya la vió

En Luchana y Guadarmino,  
Y amurallado peñón  
De Castellote, que un día  
El Templario conquistó.

¿Y quién, y quién su existencia,  
Sea mujer ó varón,  
No ofreciera por su madre  
Con entusiasmo y valor!

A la puerta de Toledo  
El viajero se acercó,  
De seguir su larga ronda

Con firme resolución.

«Atrás, atrás, Padre Cura;

«Nadie puede salir hoy.

«De Madrid: es la consigna.

«Con que cumplir debo yo.»

Así con fusil en mano.

Le dice en resuelta voz,

Un cívico, de su patria:

Y su Reina defensor.

—«Por vuestra madre, os lo ruego.

«Os lo suplico por Dios,

«Que obstáculos á mi viaje

No queráis oponer, no.

«Mi madre está en la agonía:

«El mas desdichado soy

«De los hombres. Bondadoso

«Tened de mi compasión.»

Apiadado el veterano

Al Clérigo respondió:

«Pasad .... También tengo Madre:

«Soy buen hijo, y español.»

—«Mil gracias. Que os la conserve

«Tantos años el Señor

«Como espigas en los campos

«Doran los rayos del sol.»

Sigue su marcha el viajero,

Llega en fin á la Estacion

Mas ¡ay! al verla cerrada,

Se desmaya de dolor.

(Se continuará.)

Á LA INMORTAL

COMPATRONA DE LAS ESPAÑAS

SANTA TERESA DE JESUS.



SONETO.

REGLEMENTO

¿Quién mas que el sol en la mitad del cielo  
Glorioso eleva su divina frente?...

¿Cuál pasma el hombre del Ocaso á Oriente?...

El Serafin sublime del Carmelo.

*Aguila régia de gigante vuelo,*

Se alzó hasta el trono de Jehová potente:

De allí su inspiracion; su génio ardiente,

Honor eterno del hispano suelo.

Pueblo, venid: doblad vuestra rodilla,

Con ansia inmensa, con amor profundo,

Ante el altar donde Teresa brilla.

Yó, que su nombre claro sin segundo

Admiro, y su perenne maravilla,

La aclamo gloria, admiracion del mundo.

Sevilla, Octubre 1867.

ANTONIO SANCHEZ DE MOGUEL.

---

---

A LA INMORTAL  
COMISION DE LAS ESPAÑAS

# SECCION OFICIAL.

REGLAMENTO

## DE SEGUNDA ENSEÑANZA

(CONTINUACION.)

En los meses de Marzo, Abril y Mayo, los alumnos del primero y segundo año del segundo periodo tendrán por la tarde dos veces por semana una conferencia de hora y media de duración, que dirigirá el profesor de perfección del latín y principios generales de literatura. En ella se harán ejercicios de traducción latina y composición castellana se dará conocimiento de los clásicos de una y otra lengua, se leerán rozos escogidos. La asistencia á estas lecciones es indispensable para ganar el curso respectivo, y así se hará constar en la secretaría con la lista del profesor. Cuatro faltas voluntarias de asistencia á estas lecciones, serán motivo para que el alumno pierda el curso en que se halle matriculado.

Probatos los tres años del segundo periodo en los términos que quedan establecidos, el alumno podrá aspirar al grado de bachiller en artes, previo el depósito, pago de derechos de exámen y ejercicios académicos que se determinarán.

Art. 20. Lo prevenido en este y el anterior capítulo respecto á la duracion de las clases, no regirá en los establecimientos que se hallen á cargo de institutos religiosos cuyas constituciones impongan á sus individuos la obligacion de dedicar mas tiempo á la enseñanza.

#### CAPITULO IV.

##### *De la apertura y direccion del curso.*

Art. 21. El dia 16 de Setiembre se celebrará la solemne apertura de los estudios. Asistirán á este acto la junta de instruccion pública á cuyo cargo esté la inspeccion del instituto, y el claustro de Catedráticos, invitándose tambien á las autoridades y corporaciones oficiales.

Art. 22. Presidirá esta solemnidad el gobernador presidente de la junta de instruccion pública, á no estar presente el ministro de Fomento, el presidente del Real Consejo de Instruccion pública, director general del ramo, algun inspector general encargado de visitar el instituto, ó el rector del distrito. A no asistir el gobernador, presidirá el director del Instituto. Cuando concurriere el Prelado de la diócesis, tendrá la presidencia de honor, siempre que no asista algun ministro de la corona.

Cuando los individuos del Real Consejo de Instruccion pública concurren á los actos solemnes de los establecimien-

tos de enseñanza, se sentarán á la derecha del que presida, excepto el presidente de esta corporación, que presidirá las solemnidades literarias á que asista, á no estar presente el ministro de Fomento.

Los individuos de la junta de Instrucción pública ocuparán asiento entre los profesores del claustro.

Art. 23. El director leerá una Membría en que se dé cuenta del estado del instituto durante el curso anterior, expresando en ella las variaciones que haya habido en el personal del profesorado, el número de alumnos matriculados y examinados, los frutos que haya ofrecido la enseñanza, las mejoras hechas en el edificio, los aumentos del material científico, la situación económica y todas las demás noticias que puedan contribuir á dar cabal idea del estado del establecimiento.

Este documento se imprimirá y se insertará además en el *Boletín Oficial* de la provincia, publicando como apéndices el cuadro de asignaturas de que se habla en el art. 46, el de alumnos inscritos, matriculados y examinados en el curso anterior, clasificados conforme al modelo núm. 1.º, el de grados y títulos periciales concedidos durante el mismo, la relación nominal de los alumnos premiados y cuanto sirva á comprobar lo expuesto en la Memoria.

Concluida la lectura se distribuirán los premios, y terminará el acto diciendo el presidente: «En nombre de S. M. la Reina (Q. D. G.) declaro abierto en el Instituto de.... el curso académico de tal á tal año:»

Las lecciones principiarán al día siguiente de la apertura de los estudios, y terminarán el 31 de Mayo.

Art. 24. No se suspenderán las lecciones durante el curso sino los domingos, días de fiesta y cumpleaños de S. M. la Reina y el Rey y de S. A. R. el Príncipe de Asturias; el de la Conmemoración de los difuntos; desde el 23 de Diciembre hasta el 2 de Enero; los tres días de Carnaval, y miércoles, jueves, viernes y sábado santo.

(Se continuará.)

---

---

## ROMA.

---

Alocucion de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, en el Consistorio secreto del 20 de Setiembre de 1867.

*Venerables hermanos:*

«Todo el orbe católico sabe, venerables hermanos, Nos hemos visto frecuentemente obligados á deplorar y condenar las faltas é injurias gravísimas de que el gobierno subalpino se ha hecho culpable muchos años há hácia la Iglesia católica, hácia Nos, hácia la Santa Sede, hácia los Obispos, los sagrados ministros, las congregaciones religiosas de ambos sexos y las instituciones piadosas, con desprecio de las leyes divinas y humanas que ha conculcado.

Pues bien, despues de muchas otras leyes contrarias á la Iglesia y á su autoridad cuyas leyes por esta causa hemos condenado, ese gobierno, que mas y mas se está esforzando cada dia en perseguir y oprimir á la Iglesia, ha llegado á tal extremo de injusticia, que no se ha horrorizado de proponer, aprobar, sancionar y promulgar una ley, segun los términos de la cual,

por una temeraria y sacrilega audacia, contraria por otra parte á los intereses de la misma sociedad civil, la Iglesia queda despojada de sus bienes sitos en las provincias de ese gobierno y en las demás provincias por él usurpadas. Y la mencionada ley atribuye estos bienes al gobierno que los ha puesto en venta.

La injusticia y la crueldad de esta ley saltan á los ojos de todo el mundo, porque ataca el inviolable derecho de poseer, que pertenece á la Iglesia en virtud de su divina institucion, y conculca todos los derechos naturales, divinos y humanos, y reduce á la mas triste indigencia y hasta á la mendicidad á las vírgenes consagradas á Dios, y á todo el clero secular y regular que tan bien han merecido del gobierno de la Iglesia católica y de la sociedad humana.

En tan grande ruina de la Iglesia, en tal trastorno de todos los derechos, Nos, que tenemos el deber, en virtud de nuestro supremo ministerio apostólico, de defender y vindicar la causa de la Iglesia y de la justicia, de ninguna manera podemos guardar silencio. Por esto alzamos la voz en medio de esta grande asamblea y con Nuestra Apostólica autoridad reprobamos la susodicha ley, la condenamos, y le declaramos completamente irrita y nula.

En cuanto á los autores y fautores de esa ley, sepan que desdichadamente han incurrido *ipso facto* en las penas y censuras eclesiásticas que los sagrados Cánones, las Constituciones apostólicas y los decretos de los Concilios generales han impuesto á los usurpadores de la Iglesia y de sus derechos, y á los detentadores de sus bienes. ¡Espantense y tiemblen esos implacables enemigos de la Iglesia, y tengan por seguro que Dios, autor y vengador de la Iglesia les prepara los mas graves y terribles castigos, á menos que, verdaderamente arrepentidos, no vuelvan á los buenos sentimientos, y se esfuercen en hacer desaparecer y en reparar todos los daños que han hecho á esta misma Iglesia! Esto es lo que deseamos de todo corazon y lo que ha-

mildemente y con ahinco pedimos al Dios de las misericordias.

Con esta ocasión queremos que sepais, venerables hermanos, que recientemente se ha publicado en París y escrito en francés un libelo mentiroso en que con soberana perfidia insinúa impudentemente en el ánimo de sus lectores y en forma dubitativa, que los lamentables acontecimientos de Méjico deben en cierta manera ser imputados á esta Santa Sede apostólica. Cuán falsa y absurda sea semejante acusacion, todo el mundo lo reconoce y mas claro que la luz del dia lo manifiesta, entre otros documentos, la carta que el infortunado Maximiliano nos ha escrito desde su prision el 18 de Junio último, antes de sufrir una muerte tan indigna y tan cruel.

Y ya que se ofreció la ocasion, no podemos menos de tributar grandes y merecidos elogios á la ilustre memoria de Luis Altieri, Cardenal de la Santa Iglesia romana y Obispo de Albano. Como sabeis perfectamente, nacido en la mas elevada condicion, ornado de magníficas virtudes, desempeñando los mas altos cargos y gozando de nuestro afecto particular; en cuanto supo que el terrible azote del cólera descargaba sobre Albano, olvidándose completamente de sí mismo é inflamado con el fuego de la caridad, respecto del rebaño que le estaba encomendado, voló inmediatamente á aquella ciudad.

Sin arredrarle fatigas, peligros, penas y consideraciones de todo género, sin descansar un punto de noche y de dia, no cesó de ayudar, de asistir, de consolar á las desgraciadas víctimas de la epidemia, de cuidarlas con sus propias manos y llevar á los moribundos los socorros espirituales, hasta el momento en que herido él mismo por el terrible mal, dió, como el buen pastor, la vida por sus ovejas.

Bendita será siempre su memoria en los fastos de la Iglesia, porque su hermosa muerte es la de una víctima de la caridad cristiana, con lo cual ha dado á vuestra ilustre Orden, así como á la Iglesia y á todo el episcopado católico, una gloria imperé-

cedera. Por eso, en medio del profundo dolor que hemos experimentado al saber la muerte de este Cardenal, hemos sentido un grau consuelo con la firme esperanza de que su alma ha llegado á la pátria celestial, donde goza de la alegría del Señor, y ofrece fervientes oraciones por Nos, por vosotros y por toda la Iglesia. Pagamos tambien un justo tributo de alabanzas al clero secular y regular de Albano, que siguiendo el noble ejemplo de su Obispo, no ha cesado en menosprecio de su vida y movido por un celo ardiente de socorrer, espiritualmente sobre todo, á los enfermos y á los moribundos. Tampoco serian sobrados los elogios que tributáramos á nuestras tropas que guarnecen esta ciudad, lo mismo á los gendarmes encargados de mantener la seguridad pública que á los zuavos, á todos los cuales se les ha visto, desafiando el peligro, dar un manifiesto ejemplo de caridad cristiana, sobre todo enterrando los muertos.

Ahora bien, venerables hermanos, no cesemos de elevar nuestros corazones á Dios Nuestro Señor, cuya misericordia es infinita hácia los que le invocan, y pidámosle y roguémosle continuamente, para que permaneciendo firme con vosotros en el combate, y rodeando con inexpugnable muro la casa de Israel, Nos podamos sostener valerosamente la causa de su Santa Iglesia, y reducir á todos sus enemigos á las vías de la justicia y de la salvacion.»



---

# VARIEDADES.

---

## REGLAS, DIA 8 DE SETIEMBRE.

---

Para confirmar las ideas emitidas por nuestro colaborador en el Número antecedente sobre la historia, aparición milagrosa y fé de los pueblos en la Virgen de Regla, nos toca reseñar el espectáculo conmovedor de que hemos sido testigos el día de su solemnidad, 8 de Setiembre, en que la Iglesia celebra el Nacimiento de la Virgen Madre de Dios.

Era un día tranquilo en que la pura y brillante luz de la aurora nos permitia ver un horizonte dilatado en la estensa llanura del Oceano. Sus blandas olas habian limpiado en las primeras horas de la mañana la estensa playa por donde los hijos de Sanlucar, Chipiona y demás pueblos consarcanos habian de pasar para dar el testimonio público de su fé á la estrella benéfica y luminosa de los mares;

las campanas del santuario anunciaban á sus devotos que era el día de la misericordia y un aura suave y embalsamada parecia derramar por todas partes los recuerdos de la clemencia, ávivando esa fé divina que ordena la vida moral de los pueblos. Como ya conociamos la historia y estábamos afectados con los testimonios tradicionales que á cada paso se encuentran en aquel santuario, nos levantamos antes de la hora de costumbre para ofrecer, con santa alegría, el primer saludo y la bendicion primera á aquella Madre de los prodigios bajo cuya egida protectora viviamos en la misma casa dedicada á su culto; pero pronto quedamos tan confundidos como alborzados, al ver que el santuario era ya estrecho para hospedar á tantos como habian velado juntos á aquellas puertas del amor divino, henchidos de fé y de piedad sus corazones. Acaso podrá creerse por algunos que usamos hipérboles exageradas como un recurso para resucitar la fé cadavérica de nuestro siglo; ó que en esta, como en las demás reuniones humanas, la novedad, el movimiento, el lujo y el espíritu de asociacion atraerian á la multitud; pero fieles testigos del hecho, y observadores imparciales de sus mas leves circunstancias, dispuestos á hablar sobre él como filósofos cristianos, observamos con edificacion que aquella inmensa multitud, sin ocuparse de sí misma, antes de cuidar de su descanso y de sus necesidades, su primera atencion era entrar en el templo, arrodillarse delante del altar de María Santísima de Regla, derramando los mas una lágrima tan pura como la fé que la arrancaba, siendo en unos, el motivo de su plegaria, y en otros, la espresion viva de los recuerdos de su gratitud.

Podemos asegurar que las primeras horas de aquel día memorable las pasamos enagenados hasta sin conciencia de nosotros mismos podemos dar cuenta de tantos testimonios incontestables á nuestro propósito: aquí admirábamos la fé de una pobre aldeana que al tomar una estampita pequeña de la Virgen la besaba mil veces y con sus ojos llenos de lágrimas se nos acercaba buscando su espansion, para referirnos la enfermedad ó el peligro que habia desaparecido á la invocacion mágica de Maria Santísima de Regla; allí seguíamos un grupo que entraba precipitado en el templo, al parecer con una gran necesidad, y quedábamos conmovidos viendo que toda su prisa consistia en ver y adorar pronto á la que traian grabada en el corazon; en mas de uno de estos pudimos oír repetida mil veces esa palabra afectuosa de «Madre mia» que tanto envanece y consuela á la humanidad, y oracion quizá mas elocuente que todas las frases inventadas por los varones mas ilustres.

Salimos y entramos muchas veces fuera y dentro del templo y no sabiamos qué admirar mas, si la fé con que todo se postraba delante del arca santa exhortando los inciensos de sus oraciones, plegarias, y acciones de gracia del culto eterno, ó el panoramá vistoso é indescriptible que presentaba el mar, la playa y los alrededores del santuario. El mar estaba sembrado de barquillas empavesadas de vistosos gallardetes, entre las que sobresalian por su estructura y delicados adornos una en que habian venido SS. AA. RR. hasta Chipiona, y otra mas pequeña dedicada (á nuestro entender) para el abordaje. En una y en otra lucian banderas de todas las naciones, y en el centro de la mayor se descubria la cámara formada de

seda carmesí con los asientos que habian servido á SS. AA. La playa es imposible pintarla ni describirla, porque ni el pincel ni la pluma pueden dar vida á tanta variedad de seres y de colores, siempre igual en su número y siempre variada en sus formas: podemos asegurar, sin temor de ser desmentido, que en todo el dia se vió desocupada de gentes de todo sexo, edad y condicion, ni dejaron de resonar los entusiastas vivas á la Madre de los pecadores. Los alrededores del santuario eran el *desorden ordenado* por el respeto de la fé, era la confusion formando un pueblo que habia sido movido por un solo principio, que no hablaba mas que una palabra, ni esperaba mas que un objeto, y que sin emulaciones, ni temores, confundido el rico con el pobre, el sábio con el ignorante y el niño con el anciano, las palabras y las miradas de todos convergian solo á la Madre de Dios.

Era dia de grandes emociones religiosas, y para nosotros de grandes pensamientos cristianos. Como á las diez y media de la mañana se anuncia la llegada de SS. AA. RR. duques de Montpensier y sus augustas y angelicales hijas; y la multitud con el sello de la piedad en su semblante, tomó esa fisonomía espresiva de satisfaccion y de respeto que indicaba claramente la gran importancia de su presencia en aquella festividad religiosa; no hay, en efecto, leccion tan enérgica como la del ejemplo en las altas dignidades, por ese instinto de asimilacion que siempre parte de los pequeños para los grandes; era consiguiente que los que habian brindado y ejercido sus consideraciones y su generosidad para la restauracion del santuario, ya como una antigüedad respetable, ya como un templo cristiano, levantado por la fé y sostenido por la gratitud, fieles á

sus principios religiosos, primera enseña que los distingue en la consideración de los pueblos, viniesen á Regla, tanto por gozar su expansion religiosa como para enseñar la importancia del buen ejemplo, la necesidad que tienen los pueblos de recibirlo y la gran responsabilidad de los que no lo practican; por nuestra parte podemos asegurar que al ver llegar la régia caravana al santuario y verlos bajar de sus lujosos coches, saludando á todos con esa espresion que revela amor y dignidad, al contemplar el aparato de su servidumbre y que con su presencia parecia habiamos sido elevados á otra esfera mas alta, nunca me parecieron tan grandes, ni su importancia tan manifiesta como cuando los vimos arrodillados con gran devocion en medio de la Iglesia ante la adorable presencia de Dios sacramentado y ante aquella reina poderosa por quien reinan los reyes, ante cuyo trono se postran todas las potestades de la tierra. Entonces, lleno nuestro corazon de un alborozo cristiano, enternecidos con el poder de la fé, viendo inclinada á la vez la cabeza del principe y del vasallo, del sacerdote y del profano, no pudimos menos de exclamar *Cristo reina, Cristo vence, Cristo triunfa*; el génio maléfico del error podrá oscurecer parcialmente con sus sombras esa antorcha refulgente de la fé que alumbra al Cristiánismo, pero avergonzado en estas escenas de su precaria existencia huye y se esconde ó tiene que colocarse su máscara hipócrita ante espectáculo tan elocuentes como el de Regla en el dia de su solemnidad.

Apenas se colocaron SS. AA. RR. en el sencillo reclinatorio que tenian preparado en el antiguo coro de aquel templo se dió principio á la misa solemne en que panegirizó las glorias de María Santísima de Re-

gla con su acostumbrada elocuencia y acendrada devoción el Presbítero D. José Rafael de Góngora, Capellán Real de la de S. Fernando de Sevilla. Concluida la misa y reservada la Madre de nuestro Dios sacramentado, el dignísimo Capellán de aquel santuario, fiel descendiente de los antiguos cenobitas que poblaron aquel desierto, y legítimo sucesor de los monges que los reemplazaron, con la suavidad religiosa de su carácter empezó á ordenar la procesion de costumbre, objeto especial de aquella gran concurrencia; entonces parecia que la devocion tomaba nuevas y mayores proporciones, la fé rayaba allí en un delirio religioso; entre constantes repiques de campanas, varias y repetidas detonaciones de fuegos artificiales y las no interrumpidas aclamaciones de la multitud, diciendo, «viva la Virgen de Regla» se ordenó una procesion tan devota como solemne que iba presidida por SS. AA. con las varas de la hermandad; dos tres sacerdotes que habian servido en el altar llevaban en sus manos, uno una llave enorme de hierro, otro una pequeña teja forrada de plata, y el Preste, que lo viene siendo hace muchos años, D. Domingo Rolo, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla, presentaba en sus manos un pequeño cáliz de ningun mérito artístico pero sí de un grande recuerdo histórico. Cada uno de estos objetos tiene una tradicion particular demasiado conocida de todos los habitantes de aquella comarca que por brevedad suprimo, diciendo solo que son testimonios de otros tantos prodigios hechos por Maria en favor de sus devotos; á los lados del paso y en el sitio de los mangos delanteros acompañabamos a la Virgen dos sacerdote que estábamos de temporada en el santuario; y aquel iba sostenido por infinitos que al-

ternaban en cumplimiento de promesas hechas por favores recibidos; entre ellos podremos hacer especial mención de una niña como de cuatro á cinco años que iba vestida con la mortaja y corona que sus desconsolados padres le tenían ya preparada en su agonia.

En este órden se dió una vuelta completa al santuario, y á su terminacion fué presentada la devota imágen en la misma muralla que toca al mar: allí nos arrodillamos todos y se entonó el *Ave maris stella* como una tierna plegaria dirigida á su poder y á su clemencia en favor de los navegantes; este acto no pudo menos de conmovernos y hacer que nuestras lágrimas se unieran con las de tantos que pedían su virginal bendición para los mares; nuestra imaginacion nos llevaba en aquel momento á considerar el conflicto de los pobres náufragos, y el sordo murmullo de las olas que se quebraban á nuestros piés nos parecia traeros el tierno gemido, la sentida invocacion y sus ardientes votos a la única estrella de lo mares, puerto seguro en todas las borrascas y áncora firme contra todas las tempestades.

Así terminó la funcion matutina dedicada á la Virgen de Regla en el santuario que lleva su nombre, sin el mas leve disgusto que pudiera turbar el espíritu religioso que lo presidía. SS. AA. RR. se despidieron de la Virgen, y acompañados de sus hijos, que lo son en todas partes los pobres y necesitados, repartiendo los dones de su caridad, y repitiendo gracias por todas las consideraciones que se les tienen de justicia se retiraron á su palacio de Sanlucar seguramente con esa tranquilidad santa y alegría que nace siempre de la práctica de la virtud; y nosotros quedamos bendiciendo su fé, su caridad, su religion

y tantas virtudes como tenemos que admirarles, y pidiendo al cielo muchos imitadores de ellas, medio seguro de la regeneracion social y religiosa que necesitamos.

NICOLÁS DE LORA, PRO.

Discurso pronunciado por el Ilustrísimo Sr. Obispo de Orleans en el Congreso de Malinas.

Al ocupar la tribuna el eminente orador, fué saludado con los mas vivos aplausos y aclamaciones por aquella numerosa Asamblea. Restablecida la calma, principió su discurso en los términos siguientes:

«Señores: Se necesita, permitidme la frase, cierta especie de valor para presenciar sin conmoverse tantas bondades y escuchar aplausos tan entusiastas. Me encuentro con particular placer ante aquel auditorio numeroso y simpático de los años anteriores, y debo ante todo felicitaros por la persistencia de vuestro celo en la obra admirable de este Congreso.»

El orador hace en seguida un brillante elogio de la asociacion católica de Malinas, que puede resumirse en el siguiente párrafo:

«Sí, señores: lo que hacéis es una buena obra (*bonum opus*); una obra grande, sagrada, poderosa, inmortal, cuyos frutos serán eternos. Contemplad cómo ya este fuego sagrado se propaga, irradiando sobre las mas remotas comarcas: de todos los puntos del mundo cristiano, lo mismo de nuestras ciudades de Francia que del fondo de la Alemania, de España, de Italia, de Suiza, de las Américas y hasta del Oriente mismo, vuélvense hácia vos-

otros los ojos, se os imita, se siguen vuestras huellas y se os envían adhesiones y felicitaciones numerosas, se solicitan vuestras oraciones y consejos, y hace pocos momentos tuve ocasión de ver á un católico en Hungría venir á tributaros, á nombre de este país, el homenaje de su admiración y respeto.

Dednos gracias, en primer lugar, á aquel de quien procede todo bien, toda luz y toda fecunda inspiración, y despues á vosotros, organizadores perseverantes de este Congreso, y á vuestro digno y eminente Cardenal monseñor el Arzobispo de Malinas, vuestro pastor, vuestro excelente padre, que ha encontrado la fórmula para sostener vuestra obra superando todos los obstáculos. (*Prolongados aplausos.*)

La presencia de monseñor el Arzobispo de Namur no me permite expresar aquí todos mis sentimientos hácia su persona. He hecho mis primeras armas en Lieja, hace veinte años, al amparo de su ejemplo y bajo sus auspicios: los años pasan velozmente; pero ellos han rejuvenecido en vez de amortiguar, el ardor, el celo y la elocuencia de este firme partidario de la religión católica. (*Aplausos.*)

No puedo hoy usar largo tiempo de la palabra, y no abusaré de vuestra vevolencia (muchas voces: *no, no, hablad largo tiempo*); el abusar hoy me sería imposible, pues me encuentro muy fatigado, señores: yo os dirigiré por lo tanto un discurso, me contentaré con recordaros las palabras que el grande atleta de otros tiempos, San Pablo, decía á sus valerosos compañeros: *Noli venci á malo, sed vince in bono malum.* «No os dejéis vencer por el mal, sino triunfad del mal por el bien.»

Comprenderéis, señores, que las palabras que acabo de pronunciar ante vosotros, son de una gravedad tal, que exigen algunos comentarios.

Son graves, en efecto, porque al repetir las me propongo y quiero recordaros que el mal os rodea á vosotros todos, cualquiera sea el país católico donde procedais, y tal vez mas que á

los otros, á los católicos de Bélgica: el mal está allí, vivo, ardiente, poderoso, y es preciso vencerlo, no por el mal, sino por el bien. Hé aquí vuestro deber y el nuestro. *Vince in bono malum.*

¡El mal Hace ya largo tiempo que existe sobre la tierra, y hé aquí por qué es preciso no admirarse y, sobre todo, no desmayar jamás: sin que pretenda trazaros hoy un cuadro de los progresos del mal sobre la tierra, expondré, no obstante, á vuestra consideracion los grandes pasos de la lucha anti-cristiana durante los tres últimos siglos.

¿Qué ha hecho el protestantismo en el siglo XVII? Atacar á la Iglesia. ¿Qué en el siglo XVIII? Atacar al cristianismo y todo orden sobrenatural. ¿Qué hace, en fin, en el siglo XIX? Ha dado el último paso hácia adelante, combate el orden natural mismo y lo ataca todo; Dios, el alma libre espiritual é inmortal, la vida eterna, la distincion del bien y del mal, todo esto, señores, es hoy indigna, audaz é imprudentemente atacado y se quiere substituir con novedades absurdas que los sofistas nos dicen estar elaborando en los momentos actuales. (*Movimiento prolongado de aprobacion.*)

Hé aquí la estension y la profundidad del mal; hé aquí el mal que es preciso vencer por medio del bien. Podemos conseguirlo y lo conseguiremos, mas no sin sostener una lucha que exige grandes esfuerzos.

Pero permitidme hacéroslo observar, señores, es la parte mas bella la que la Providencia nos ha asignado en el combate, porque hoy cuando se ataca todo, lo mismo nuestros dogmas que las bases sobre que descansan, la razon como la fé, lo natural como lo sobrenatural, la libertad como la autoridad, la filosofia y la religion, todo cuanto constituyese, en fin, el fundamento de la sociedad humana y del cristianismo, á nosotros, católicos, se nos reserva la gloria de defender la verdad contra los enemigos mas violentos y preciso será decirlo—los mas absurdos que existieron jamás.

La lucha es seria, señores, porque ella revela, ante todo, el abismo en que han caído las almas de aquellos que debemos salvar combatiendo sus errores. Este—no hay que olvidarlo—es para nosotros, cristianos, el principal objeto que debemos proponernos. Ellos pelean por destruirnos; nosotros luchamos por salvarlos. (*Vivos aplausos*). Ellos por vencernos, nosotros por convencerlos. ¡Ah, señores, para salvar las almas ¿qué esfuerzos, por grandes que sean, deben dejar de intentarse? Preciso es cooperar con todas nuestras fuerzas al éxito de esta santa empresa, arriesgando nuestras vidas, ofreciendo nuestra sangre si fuese necesario. Si ¡udieramos olvidar nuestros deberes, ese Crucifijo que preside estas sesiones nos recordaria á qué precio se consigue la redención de los culpables.

La lucha es seria, no solo porque es la mas radical de cuantas se han sostenido hasta el presente, sino tambien porque jamás el mal ha contado con tan poderosos medios de accion. Estudiad su organizacion subterránea por medio de sociedades secretas con infinitas ramificaciones, su organizacion pública por medio de la prensa anti-religiosa y anti-cristiana, y comprendereis, sin esfuerzo, la gravedad de la situacion que es preciso dominar combatiendo por la verdad y por la fé.

¿Y qué podria yo decir de esa propaganda activa que se apega á todo, á los jóvenes como á los viejos, á los sábios como á los ignorantes, á los pobres como á los ricos, que se estiende hasta entre las mujeres, hasta entre los moribundos, violándose indignantemente su conciencia y queriendo arrebatárles los últimos consuelos de la religion, las últimas esperanzas de su salvacion eterna?

Nosotros trabajamos en medio de una claridad esplendente, combatimos á la luz del sol y no necesitamos ocultarnos entre tinieblas como las aves nocturnas; pues bien, yo quiero que se me demuestre en qué parte de la tierra hay algo parecido á ese pacto infernal que obliga al hombre á renegar, en la

hora de la muerte, de la fé de sus padres, de su esposa y de sus hijos; si existe tiranía mas espantosa que la de un hombre que se interpone entre un alma y Dios en el instante de la postrera lucha para impedir que esa alma obtenga el perdon y la salvacion impetrando la clemencia infinita del Altisimo.

En presencia de semejante situacion, en medio de tan rudos combates contra los enenigos de la verdad y de la virtud, muchos no pueden menos de admirarse y se preguntan á sí mismos: «¿Es que esta lucha debe ser eterna?» Pues bien, yo me creo obligado á contestaros, sí; la lucha existirá mientras exista el mundo.

Escuchad atentamente, señores, escuchad con el respeto debido las siguientes palabras del Divino Maestro.

«Yo os envio como á un rebaño de ovejas en medio de los lobos.» No es hoy un lobo el que se ha introducido entre las ovejas, no; vosotros representais á un rebaño en medio de una manada de lobos; pero en medio de una lucha que solo á los ojos de los incrédulos aparece desigual; nosotros escuchamos al Espiritu Santo, que ha dicho á los fieles: «No temais,» y al Santo Agustín que, con aquella fuerza de elocueacia africana cuyos ecos han llegado hasta nosotros, repitió despues las mismas consoladoras palabras. Alguno de vosotros, atemorizado por el vigor de los ataques y dudando del éxito al ver cómo arreia la persecucion esclamará, tal vez ¡oh Dios! ¿dónde está vuestra justicia? ¿cómo permitís que los malvados prevalezcan y que los buenos sufran? Yo me permitiré preguntar á estos espíritus débiles: «¿Qué se ha hecho de vuestra fé? ¿habeis creído por ventura, que este siglo habia sido hecho para embriagaros de caricias, de orgullo y de molicie? No, no habeis sido hechos cristianos para florecer en este siglo. *Numquid christianus factus est in sæculo isto floreres.* (Vi-va sensacion.)

Todavía, señores, si me lo permitís entraré mas en el fondo de esta grave cuestión. Es indudable, en efecto, que algunas veces no puede uno menos de preguntarse; puesto que Dios tiene en sus manos inmortales el destino de todas las naciones y de todos los siglos, y puede inclinar los corazones de los poderosos de la tierra hácia el lado que le plazca, ¿no sería lícito y agradable pensar que él va á enfrenar las pasiones humanas para conducir á su Iglesia y á sus hijos á un estado de paz y de completa calma?

Pues bien, yo os responderé con las palabras del Profeta: «Tanto el cielo está elevado sobre la tierra como vuestros pensamientos, Señor, están elevados sobre los de los hombres. Vuestros caminos no son los nuestros.

¿Qué ha pasado, pues, á aquel que resume en sí mismo la sabiduría y el poder infinito? El ha creído en sus consejos profundos que era mejor permitir la aparición de la maldad y vencerla por el bien, que no permitir la jamás. Nada hay, en efecto, mas divino que tolerar el mal hasta vencerlo por el bien; esta es-me atrevo á decirlo-la maravilla mas grande del poder de Dios y demuestra los efectos de su gracia en el corazón de los hombres.

Dios no ha hecho el mal, pero lo permite, y permitiéndolo, lo domina, lo gobierna y lo hace contribuir de buen ó mal grado á sus designios, por una fuerza superior irresistible. Y ¿por qué esta misteriosa tolerancia del mal? Porque Dios ha encontrado mas dignos de él y de nosotros los grandes combates de la tierra que enaltecen los triunfos de la virtud.

Si el temor de prolongar demasiado mi discurso no me detuviera, yo os citaría y me permitiría explicaros un párrafo de nuestro admirable breviario... (muchas voces; *hablad, hablad*) Puesto que así lo deseais, hélo aquí; es el versículo de un salmo, por el que veo que Dios permite algu-

nas veces la noche, la confusion y las tinieblas. *Posuisti tenebras et facta est nox.* Pues bien, la impiedad, el materialismo y el ateismo han arrojado sobre las naciones su funesta sombra; surgen á veces entre los amigos de Dios doloresas disidencias: en esta noche y á favor de las tinieblas las bestias feroces salen de sus cavernas y animales salvajes desconocidos recorren las campiñas *In ipsa pertransibunt omnes bestiae silvae.* Hé aquí el espectáculo que á nuestros ojos se presenta. Oyense despues atronadores rugidos y se oye gritar ¡Dios es el mal! ¡Guerra á Dios! ¡Viva el infierno! ¡La propiedad es un robo! ¡Ahoguemos en fango al catolicismo! Así esclaman los que quieren desterrar las virtudes de la tierra para devorarse despues los unos á los otros.

Todo se cree perdido... No. Cuando las esperanzas parecen desvanecerse Dios nos envia un rayo de luz, como hemos vistos á principios de este siglo, y los malvados se esconden precipitadamente en sus guaridas. (*Movimiento prolongado de aprobacion.*) ¿Y qué sucede entonces? El hombre honrado abre su puerta, vé que el tiempo es bueno, que está despejado el cielo y que la luz ha reaparecido: sale entonces de su casa, vuelve á reanudar sus trabajos y se ejercita en obras de caridad y de virtud; hace el bien y conserva en adelante la esperanza y la alegría en el fondo de su corazon. (*Aplausos.*)

Esta es la lucha y sus alternativas; pero en medio de las tempestades y de las tinieblas, la Iglesia permanece invencible, inmutable, tranquila, y nos repite aquellas divinas palabras: «Hombres de poca fé, ¿por qué temeis?» Recientemente, señores, al regresar de Roma con el corazon henchido de esperanza, tuve ocasion de contemplar, en Pisa, la famosa torre que, inclinada desde hace tantos siglos no se derrumba jamás y que, construida de mármol blanco brillante é indestructible, se ofrece constantemente como un enig-

ma perpétuo á las miradas de los viajeros que la admiran; he aquí, dije para mí la imágen de la Iglesia, la torre de David que se menciona en los sagrados libros: ella parece tambien inclinada, próxima á veces, á su ruina, y los que ignoran los secretos del divino arquitecto, esclaman; ¡esto es prodigioso!

No, no del todo; hay algo aun mas admirable que esa torre inclinada; y es la Iglesia que, cuando parece mas próxima á sucumbir, se levanta y aparece repentinamente á los ojos del mundo como una obra indestructible y eterna. Esta maravilla divina debiera ser bastante para reanimar nuestro valor y sostener nuestras esperanzas y nuestra fé.

La lucha, pues, señores, es necesaria; pero ¿cuales deben ser sus condiciones?

La primera es «el valor,» y este no debo recomendarlo á hombres que lo tienen tan acreditado como vosotros. La segunda, algo mas difícil, es «la abnegacion;» es necesario que vosotros, verdaderos católicos, seais los mejores, los mas sinceros amigos de los pobres, de los desvalidos, de todos los que sufren y hasta de los mismos que os combaten; es preciso que la caridad lo anime todo en vuestra vida y en vuestras luchas, y que seais la sangre generosa que circula en las venas de la Iglesia.

A estas dos condiciones voy á añadir una tercera, y es «el patriotismo,» porque no debe creerse que la consagracion á la gran causa universal, á la causa de la Iglesia, disminuya ni altere en lo mas mínimo aquella virtud. No es, por cierto, mi propósito recomendaros el patriotismo, no; os diré sobre este punto una sola palabra: «Teneis una pátria; sabed guardarla.» (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Sí, vosotros, belgas, teneis una pátria noble y querida; poseeis las artes, y ninguna nacion, una sola, esceptuada, puede vanagloriarse de igualaros.

Teneis grandiosos templos, honor de vuestro suelo, y al ver estos dias acudir á ellos con santo fervor al buen pueblo belga, yo decia para mí: hé aquí una nacion católica; católica hasta la médula de los huesos.

Contais entre vuestros compatriotas hombres ilustres honrados por la Europa.

Teneis en cada una de vuestras ciudades espléndidos edificios y gloriosos recuerdos de vuestras libertades municipales.

Vuestro comercio é industria han llegado al mas alto grado de esplendor, compitiendo con los de los pueblos mas adelantados de ambos mundos.

Existe en vosotros cierta fuerza generosa que lucha instintivamente contra la opresion, contra la bajeza, contra todo lo que deprime y envilece al hombre.

Pues bien, yo os digo que todo esto constituye una pátria; la teneis; podeis estar orgullosos de ello. (*Nuevos y prolongados aplausos.*)

Al valor en la lucha, á la abnegacion y al patriotismo, debemos añadir el trabajo y la ciencia. Yo quisiera que los católicos fuesen los mas aplicados y laboriosos de los hombres; sí; con toda la energía de mi alma yo os aconsejo el trabajo, cualquiera que él sea, el que mejor convenga á vuestra naturaleza, á vuestra familia, á vuestro porvenir.

Estad firmemente persuadidos, señores, de que los destinos del mundo pertenecen á quienes mejor saben trabajar.

Mas para trabajar bien y con fruto, permitidme deciroslo, es preciso... levantarse temprano. (*Risas.*) Varias veces os he dicho con la familiaridad de mi language: tengo la conviccion de que un pueblo que se levantara á las seis de la mañana, acostándose á las diez de la noche y trabajando ocho horas al dia, seria muy pronto el primero del mundo y ninguno podria competir con él.

Debo recomendaros aun la inteligencia y la prudencia, y

aquí también, señores, Nuestro Señor nos dá el consejo en las siguientes palabras: «Tened, dijo, la candidez de la paloma y la prudencia de la serpiente.»

Las grandes riquezas del hombre son, las cosas, las ideas y las palabras.

Las cosas naturales y sobrenaturales, tesoro divino, aquí abajo.

Las ideas naturales ó reveladas que representan las cosas.

Por último, las palabras que espresan las ideas.

El no fijarse en el sentido de las palabras y aplicarlas á las ideas ó á las cosas que no lo merecen, es una de las mayores faltas que pueden cometer los amigos de la verdad.

Recordad con cuánta audacia el siglo XVII y el XVIII se apoderaron de ciertas frases..... lo mismo sucede en el siglo actual.

Hay sobre todo tres palabras célebres de las que nuestros adversarios han abusado con frecuencia por culpa nuestra; ellos se han llamado á sí mismos *reformistas*, *filósofos* y *liberales*, y nosotros, aceptando sus denominaciones, las hemos repetido al designarlos. Voy á decir algunas palabras sobre estos tres puntos.

*Las reformas*.—Todos conocéis la historia de mil concilios generales ó particulares y, sobre todo, la del inmortal de Trento, que mas que en ninguno de los anteriores, trabajó con empeño y fruto en la reforma de la Iglesia y en la ilustracion de los dogmas. La Iglesia es á la vez divina y humana; divina en las cosas que tiene de Dios; humana en los hombres depositarios aquí abajo de las cosas divinas. Hé aquí por qué la Iglesia es la única sociedad de la tierra que se ocupa incesantemente en reformarse á sí misma. El concilio de Trento decidió que en todas sus sesiones se tratase de las reformas y del dogma simultáneamente. La verdadera reforma, ¿dónde estaba pues? En nuestro campo. Y ¿quiénes eran los falsos

reformistas? Un Lutero, con la religiosa que habia arrebatado del claustro: un Calvino con dos ó tres compañeras de esta naturaleza; un Bucer, un Zwingh, un Teodoro de Baza, mentidos apóstoles entre cuyas manos—segun la frase feliz de Erasmo, uno de sus amigos—la reforma concluia siempre, como las comedias, por una boda. Pero estas gentes poseian el arte satánico de engañar á los pueblos falseando el sentido de las palabras y se llamaron reformistas... ¡Reformistas ellos!... El dar á tales gentes semejante denominacion me parece, en verdad, demasiado fuerte.

Es tambien extraordinario el abuso que se ha hecho de la palabra *liberal*. Si Bossuet, Fenelon y Bourdaloue, cuyo lenguaje era tan castizo y puro, apareciesen de nuevo entre nosotros, estoy seguro de que nos preguntarian: ¿qué habeis hecho de aquella hermosa lengua francesa que os habiamos legado?

*El llamar liberales á ciertos hombres, equivale á dar el dulce nombre de madre á una madrastra.*

¿Qué es un *liberal*? Un espíritu, un corazón generoso: un hombre que no niega á sus adversarios la equidad y la justicia que pide para sí. (*Aplausos*). En este sentido, TODOS LOS CATÓLICOS SON VERDADEROS LIBERALES.

Pero cierta clase de gentes... ¡imposible! Los que separan la libertad de la justicia; los que marchan derechos á su objeto usando como armas de combate la traicion, la violencia, la perfidia, la espoliacion y el robo, *aquellos cuyo liberalismo se significa desde el principio por la opresion y el despojo de la Iglesia...* ¡ah! semejantes liberales merecen solo la condenacion y el oprobio; ellos desmienten el nombre que adoptan con inconcebible audacia y no tienen de la libertad sino la máscara.

Yo he oido hace pocos dias llamar *liberal* á Juárez, á ese hombre anatematizado por todas las naciones en que se rinde culto á la civilizacion, y al que los salvajes mismos miran con horror. Esto es verdaderamente perder el sentido!

*Garibaldi quiere ser tambien un liberal.* En una alocucion á los estudiantes de Paris les dirigia estas palabras. «Hijos míos—hay que advertir que el orador sabe adoptar un tono paternal y pretende administrar el Sacramento del bautismo en nombre de la patria—es preciso estirpar el vampiro sacerdotal: es necesario romper las cabezas de los clérigos contra las losas de las calles.» *Hé aquí una muestra de cierta clase de liberalismo.*

Los francmasones de Portugal, que arrojan piedras á las hermanas de la Caridad, y los de vuestro pais que las insultan, son tambien *liberales*. Repito una vez mas que eso es intolerable. No, no, yo digo que hablar así es falsear mi lengua, deshonorar mi sinceridad, lastimar mi corazon, y ningun poder humano me obligará jamás á dar un nombre semejante á semejantes hombres. (*Interrupcion: aplausos entusiastas.*)»

El orador, habando luego del Concilio, cuya celebracion parece próxima, terminó su notable discurso con las siguientes palabras:

«Muy pronto se reunirán al lado del sucesor de S. Pedro, y en mayor número que en ninguna de las pasadas épocas, los obispos de la cristiandad.

La voz de la Iglesia reunida, hablando por la boca de su jefe supremo enseñará de nuevo la verdad: los resplandores de la caridad y de la verdadera luz, partiendo del trono del Vicario de Jesucristo, iluminarán al mundo, y habremos dado un gran paso hácia el cumplimiento de estas divinas palabras: *Unus ovile et unus pastor*; un solo rebaño y un solo pastor.»

(Una larga y profunda emocion sucedió á este notable discurso recibiendo el orador las mas entusiastas felicitaciones.)

Carta del Obispo de Orleans al comendador Rattazi.

Orleans 15 de Setiembre de 1867.

Señor comendador: Tal vez os sorprenda que ponga vuestro nombre al frente de esta carta; yo os lo explicaré si queréis leerme hasta el fin.

Para el aniversario del convenio de 15 de Setiembre de 1864, en el que prometió la Francia la conservacion de la soberanía del Papa, el curso imprevisto de los tiempos acaba de presentarnos dos coincidencias muy á propósito para despertar recuerdos adormecidos: en Nantes la ereccion de la estatua de Mr. Billaut, el ministro que dijo: abandonar á Roma es imposible;» y en Ginebra el Congreso de la paz, ante el cual el general Garibaldi acaba de jurar una vez mas que derribaria el Pontificado.

La ereccion de la estatua de un abogado que llegó á ministro no es un acontecimiento; la aventura de Ginebra lo es. El año 1867 habrá visto y juzgado con arreglo á su conducta y á su lenguaje, en Paris á los reyes, en Roma á los Obispos, en Ginebra á los demagogos.

No me toca defender las Asambleas libres, casi prohibidas en Francia, muy usadas en Inglaterra, en Bélgica, en Suiza, en Alemania: Asambleas útiles á veces, en general pacíficas é inocentes que sirven de cita á los hombres especiales de los diversos países para ilustrarse unos á otros.

Tampoco me toca caracterizar en sus detalles el Congreso de Ginebra, ni indagar como los radicales de esta ciudad,

despues de haberlo provocado, lo han ahogado; cómo los periodistas demócratas despues de haberlo aplaudido, lo han silbado; cómo los habitantes de un pais libre que todo tienen que perder en una revolucion, han llevado en triunfo á los artesanos mas conocidos de las revoluciones, cuya compañía han huido con cartas disculpativas los demócratas prudentes y bien aconsejados. Dejemos á un lado los incidentes y las personas, y procurémos sacar de los hechos las lecciones útiles. Hay una que salta desde luego á la vista.

Era ya cierto y es hoy notorio y evidente, que la guerra al rey de Roma es un detalle de una guerra declarada á todos los reyes, lo mismo al rey de Italia que al emperador de Rusia. Hay en Europa una «liga internacional de destronamiento.» Su furor se reconoce en esta señal, que desprecia, bajo el nombre de «economía política Vulgar,» los medios hasta los mas nuevos y mas morales de mejorar la suerte de los obreros; su franqueza se revela en este otro signo: que quiere la guerra, la venganza, el terror, y no tiene en sus labios mas que los dulces nombres de paz, amor y libertad; su heroismo se revela por este otro carácter: que entre todos los reyes elige por primera víctima al mas débil y al mas inerme.

No pretendo seguramente, caballero, que seais responsable de todo esto, ni de ese ridículo y ruidoso Congreso que dice representar la paz, la filosofía y la democracia; la paz, con una carabina; la filosofía con blusa encarnada; la democracia, en birlocho.

No, no; de todas esas demostraciones, de todas esas palabras, de todas esas escenas, las unas son ridículas las otras peligrosas; la unas son necias, las otras culpables y todas instructivas, por que esos Congresos de Ginebra y Lausanna, como en otro tiempo el de los jóvenes de Lieja, son una suerte en el sentido al menos de que hacen salir á la luz del dia

lo que se elabora silenciosamente en el seno de nuestras sociedades olvidadizas y distraídas, y obligan á ver claro hasta á los ciegos mismos. Pero no es de esto directamente de lo que tengo que hablar con vos, no es de los discursos de Garibaldi en Ginebra, sino de sus empresas en Italia.

Como orador, ese general no es peligroso; lo es como agitador, sobre todo al otro día de una jornada que haya podido embriagarle y embarazarle con su gloria. Acaba de jurar ante el coro de los revolucionarios de Europa que iba á destronar al Papa.

Esa amenaza, ese juramento son á mis ojos el acontecimiento grave del Congreso: sobre este hecho, caballero, es sobre el que tengo la intención y el derecho de interpelaros directamente, por que compromete directamente vuestra responsabilidad. Cambiemos de lenguaje, remontémonos muy por cima de las discusiones de la prensa y de las asambleas sin mandatos hasta el terreno sólido de la justicia y del derecho obligatorio.

## I.

Las cuestiones precisas y directas que os presento, señor comendador, son estas:

Vos sois el jefe del gobierno de una nación que se titula regular, que reconocida por la Europa tiene leyes, un ejército, alianzas y se gloria de obedecer á los principios de los pueblos civilizados.

Ahora bien hay en vuestro ejército llevando ese título de general que Francia é Italia tuvieron á orgullo ver llevado un día por el general Bonaparte; ese título honrado todavía entre vosotros por el general Menabrea que os dió la Saboya, y entre nos-

otros por los Mac-Mahon, Trochn, Ladmirault y tantos otros; hay, digo; un general que recoge un ejército irregular en vuestras ciudades, lo reúne en secreto, pero á vuestra vista, y lo destina á una guerra que vuestro rey no ha declarado.

Hay en vuestras Asambleas, sobre esos bancos de la representación nacional que han sido honrados por un conde Balbo, por un marqués Brignole, delante de esa tribuna á la que debeis, caballero, toda vuestra celebridad, un extraño diputado que se permite despreciar los votos solemnes, las vías regulares, que toma las calles y la plaza pública por la Cámara del Parlamento y arenga á las muchedumbres á los gritos de ¡*Roma ó la muerte*! y de ¡*abajo los curas!*

Hay en Italia un personaje que pasea la agitacion de ciudad en ciudad, reúne en Turin, en Treviso, en Bolonia y en otras partes *meetings* públicos numerosos, en los que grita: «¡Guerra al Papa!» y que para esa guerra abre empréstitos que todos vuestros periódicos anuncian. Ahora bien, habeis firmado un tratado que combatí, porque me parecía poner el cordero bajo la guarda del lobo; pero en fin, un tratado que obliga á Italia á respetar á Roma.

Le habeis firmado con la Francia, á quien debeis Milan que tomó para vos, Venecia que os la dió y todo lo demás que ha dejado tomar. Ahora bien, la Francia tiene por jefe al emperador Napoleon III.

Y ese mismo general, ese mismo diputado, en la plaza pública, y sin temer el sangriento recuerdo de Orsini, se atreve á hacer que griten: ¡*muerá el emperador!*

La Italia es un pais religioso, agradecido y fiel á la religion católica. Los curas son hombres y ciudadanos como vos, los bienes de los sacerdotes son bienes como los vuestros: y no solo echais mano de esos bienes únicamente porque necesitais dinero, sino que tolerais que se grite: ¡*mueran los curas!* y se amenace á las personas, despues de haber confiscado los bienes.

Esos curas y esos católicos italianos tienen un jefe religioso, representante de Dios en la tierra, el soberano Pontífice saludado como tal en Italia, en Francia, en Alemania, en los dos mundos: esa autoridad divina llevada en las manos puras de Pio IX, la llama Garibaldi una *plaga* y una *peste*: da al bien los nombres que convienen al mal, declara destituido al mismo que en un tratado solemne habéis declarado vos libre y garantido. Un Garibaldi llama mónstruo á un Pio IX, y al Evangelio un engaño.

Y vos, caballero, permanecéis mudo.

Jamás se ha visto semejante escándalo en un país civilizado.

¿Puede suponerse en Francia un comité que funcione públicamente á la vista del poder, abriendo empréstitos con el concurso de los periódicos franceses, con el objeto, por ejemplo, de insurreccionar la Irlanda?

Inmediatamente el comité sería disuelto y los periódicos castigados.

¿Puede suponerse un general francés en activo servicio que vaya á Lion ó á Besanzon, reúna partidarios distribuyéndoles dinero, armas, pasando revistas en público con el objeto, francamente reconocido de apoderarse de Neufchâtel?

No trascurriría una hora sin que la policía francesa hubiese reprimido semejantes indignidades, poniendo preso á ese hombre.

Pues hace semanas y meses que estamos viendo ese espectáculo en Italia.

Y ante esos hechos, verdaderamente monstruosos, el gobierno italiano que estais presidiendo, se cruza de brazos.

Lo repito, un general, un diputado grita y hace gritar «¡Abajo el Papa, abajo los curas, muera el emperador, abajo la religion católica!» públicamente hace algunas semanas; con desprecio de las leyes y de los tratados, reúne solda-

dos y armas, abre empréstitos, y vos, señor, comendador, que escribís notas para saber si nuestro ministro de la Guerra tiene derecho á que un general francés inspeccione soldados franceses, no tomáis medida alguna para impedir que uno de los vuestros huelle bajo sus piés pública y abiertamente la seguridad del jefe de la Iglesia católica, el carácter de vuestros sacerdotes; la fé de vuestros conciudadanos, el honor de vuestra pátria y de vuestra firma, el nombre de vuestro aliado que gobierna la Francia.

Seguramente hemos tenido siempre grandes condescendencias con la Italia; pero en esto, confesadlo, hemos llevado lejos la paciencia.

¡Cómol ¡nosotros, con el consentimiento de todo el mundo y segun los términos mismos del convenio de setiembre, hemos formado en nuestro territorio con sus oficiales y soldados una legion destinada al Papa, y porque no repudiamos esta legion, intervenimos y violamos el tratado; y Garibaldi, eu cambio, reúne partidarios, les distribuye armas, abre empréstitos, lanza proclamas, y no interviene ni viola nada! Y el gobierno italiano nada hace contra ese perturbador, y le deja ir y venir, y agitarse y emitir públicamente un empréstito, anunciándole en los mismos periódicos que sirven de órganos al poder; y ¡sin embargo, ese gobierno no interviene ni viola nada!

Ya sabemos en Francia cómo obra un gobierno que quiere impedir lo que le disgusta. ¿Podria en nuestro pais, quien quisiera, tener una conferencia pública sin permiso del gobierno?

Y en Italia todo le es permitido á Garibaldi.

¿Qué es eso? ¿Es impotencia? ¿Es complicidad?

No es impotencia, porque la Italia confesaria entonces su debilidad incurable y habrúais perdido el recuerdo de Aspromonte.

¿Es complicidad? No quiero creerlo; pero cada día va debilitándose mi confianza.

No me repitais que el general de que os hablo es un personaje ridículo y que exagero su fuerza.

No nos ocupemos todavía de las situaciones ridículas; hay aquí mas de una: combato las conductas y las califico con otra frase que es la cierta: *son criminales*.

El 9 de abril de 1856 escribía Mr. de Cavour de Paris, durante el Congreso, á un hombre político italiano: «si la diplomacia es impotente, deberemos apelar á las medidas extra-legales. En nuestra época creo que la osadía es la mejor política.» ¡La osadía y el engaño!

Y el hombre político le contesta al punto por un des-pacho: «Teneis razon: á veces los medios extremos son necesarios.»

Ese hombre político érais vos, señor comendador.

Y lo que Mr. de Cavour os decia lo hizo. Esa política de osadía sin fé, ni ley, la practicó por medio de ese mismo Garibaldi, como sabeis. La historia lo tiene bien registrado. Garibaldi hacia lo que hace en estos momentos; preparaba, como hoy, contra Roma, una espedicion revolucionaria, y entonces, como hoy, se le dejaba hacer.

Y cuando marchó Mr. de Cavour le dió dinero, luego le re-negó á la faz de la Europa y hasta envió buques en su persecucion. Pero el almirante piemontés tenia la órden de perseguirle de modo que le dejara pasar.

No he olvidado estas cosas, caballero; y por eso me dirijo derechamente á vuestra lealtad para haceros las siguientes preguntas:

¿Qué medios formales habeis adoptado para impedir que Garibaldi vaya á Roma? ¿Estais bien decidido á no ir vos tras de él? ¿Qué haceis para oponeros á esas arengas con que amotina al populacho? ¿No es tiempo, en fin, de contestar á sus actos con

actos, y á sus palabras públicas que toda Europa está esperando de vos?

No dudo, caballero, que deis á Garibaldi buenos consejos; pero podria seguirlos como siguió Italia los de Francia, y los recuerdos de Nápoles le han enseñado que Italia sabe aprovecharse de lo que rechaza.

Seguramente, cuando Francia firmó con vos un convenio, no entendió llegar á ser víctima ó cómplice.

Quiero, pues, recordaros el derecho y los compromisos, y lo hago precisamente en la fecha del 15 de setiembre, aniversario del convenio que coloca á Roma bajo la custodia de la Italia.

Sabeis todo lo que os voy á recordar, pero quiero repetirlo fiel á la máxima de Montaigne: «No es mucho repetir diez veces lo que necesita repetirse mil.»

## II.

Sí, caballero; os liga un convenio solemne con la Francia. Ved su primer artículo:

«La Italia se compromete á no atacar el territorio actual del Padre Santo, y á impedir hasta por la fuerza, todo ataque que proceda del exterior contra el espresado territorio.»

Y hé aquí como fué comprendido ese artículo por el gobierno italiano: en la exposicion presentada al rey Victor Manuel sobre este convenio por los ministros, se dijo que el gobierno italiano se comprometia, «no solo á no atacar el territorio pontificio, sino además á impedir que partidas procedentes del territorio del reino atacasen ese mismo territorio pontificio.»

La historia de ese convenio es célebre: permitidme recordársela.

Mr. de Cavour habia proclamado desde lo alto de la tribuna

de Turin á Roma capital de Italia, y el parlamento, secundando á Mr. de Cavour, habia emitido el célebre voto de Roma capital.

(Se continuará.)

---

Con el objeto de que nuestros suscritores puedan conservar los preciosos documentos, debidos á la sabia é infatigable pluma del ilustre Obispo de Orleans, con motivo de las importantes cuestiones que en orden á los intereses del Pontificado vienen agitándose en la actualidad, retiramos algunos trabajos que se nos habian remitido; sintiendo á la vez no poder insertar íntegra en este *Número* por falta de espacio la magnífica y brillante carta del mismo dirigida á Rattazi, esperando concluirla en el próximo mes.

---

Atendiendo á las repetidas instancias que se nos vienen haciendo á fin de dar á la *Revista* un interés mas del momento y de mayor oportunidad, la Redaccion, que no omite medio alguno de complacer á sus favorecedores, piensa aceptar toda reforma que contribuya á tan plausible objeto.

A su debido tiempo anunciaremos á nuestros suscritores esta reforma.

sas el signo auténtico y real de su vocacion, ésto es, *eleva* la humanidad. Apelo aquí al testimonio de los hombres verdaderamente predestinados por un don del cielo al ministerio del arte, ó al de los que tienen por lo menos un sentido profundo del mismo: me atrevo á creer que ninguno de ellos desmentirá interiormente esta palabra que expresa por de fuera lo que experimentan dentro de sí propios.

Además, señores, es una disposicion innata que caracteriza eminentemente el instinto artístico y el verdadero génio del arte; es la aspiracion necesaria, no solo hácia lo que hay más grande y más bello en la naturaleza y en la humanidad, sino tambien hácia lo que existe *más allá* de la una y de la otra. Enseñad á un artista verdadero la cosa más bella de la naturaleza, y no la encontrará bastante bella: enseñadle la más bella obra maestra de arte, y os dirá que no es bastante bella; es que aspira al *más allá*. Como el viajero llegado á las cimas más altas de las más altas montañas quisiera subir aun á mayor altura, y estender sus miradas insaciabiles á las profundidades azuladas que parecen esconderse en lo vago del infinito, así el génio del arte, llegado á las cumbres más espléndidas de la belleza natural y de la belleza artística, busca en el firmamento de la belleza y en el cielo profundo de su propio pensamiento estrellas más relucientes y visiones más brillantes. Su facultad de apetecer, nunca se satisface, y dice continuamente: «Todavía más alto y más lejos, más lejos en el campo de la perfeccion, más alto en las regiones de lo ideal.» Como Francisco Javier esclamaba en un trasporte de su ambicion apostólica, *amplius, amplius*, más reinos que conquistar y más almas que salvar,» esclama el artista llevado de su insaciable ambicion al *más allá*: «Más perfeccion que realizar y más hermosura que hacer resplandecer.» Para el filósofo jamás existe bastante verdad; para el Santo jamás existe bastante

virtud; para el artista jamás existe bastante belleza. Sé que hay artistas que se hartan con lo real y que desean detenerse en él. Ya veremos lo que es preciso pensar de esta gran herejía artística que quita la corona al arte, humilla el génio y derriba por su base la estatua de la belleza. Mas afirmo por ahora que cuantos se consideran satisfechos con lo real, no son verdaderos artistas.

En el génio descarriado hay dos séres que forman uno solamente: hay el artista y el hombre; hay el hombre con sus instintos degradados, con sus sistemas estrechos, con sus preocupaciones vulgares, y quizás con sus costumbres depravadas y con sus hábitos perversos; convengo en que este hombre puede pararse en lo real. Pero el artista, si es verdaderamente tal, traspasa la realidad, rompe las murallas de esta cárcel oscura, y lleva en sus aspiraciones, verdaderamente elevadas, el signo irrecusable de su verdadero destino.

Un hombre de nuestros días, hablando con cierto brillo de esta gran cosa del arte, no ha vacilado en consignar é imprimir estas palabras: «Cuando por vez primera se descubre la vida real, y penetrando en su estructura se comprende el mecanismo admirable de sus partes, basta esta contemplación y no se desea nada más allá.» Por el honor del arte y la gloria de los artistas, ó más bien por el honor y la gloria de la humanidad, consigno desde lo alto de esta cátedra una protesta solemne contra semejantes enseñanzas, y no hay aquí un hombre verdaderamente dotado de génio artístico que no proteste conmigo, desde el fondo de su alma contra una afirmación que contradice á la vez á la naturaleza, al génio y al destino del arte.

Yo llamo, señores, á la mejor parte de vosotros mismos, á esta parte mas noble y real de vuestra vida, y os conjuro para que me respondais. ¿Es verdad que despues de com-

prender todo el mecanismo admirable de la vida real, y de haberle pintado ó esculpido en una obra inmortal, os basta su contemplacion, y que vuestro génio, llegado á las columnas de Hércules de su ambicion satisfecha, no pide nada de lo que hay *más allá?*.... «¡Oh! no, me contestais; esto no es verdad, y todos en este instante, por el testimonio de nuestras almas, hambrientas de lo infinito, protestamos contra estas teorías degradantes, que dicen al génio del arte, procurando hacerle retroceder á la frontera de la realidad: «¡No pasarás mas allá!» ¡Oh! no; el verdadero génio no se deja encerrar en la cárcel en que se trata de meterle; escucha con suprémo desden estas doctrinas de envilecimiento; cubre con su desprecio soberano estas teorías terrenas que pretenden quitarle sus alas é impedir su vuelo, y para estorbar, tras-pasando todas las fronteras elevadas por groseros sistemas, sus vuelos ilimitados y sus ambiciones trascendentales, dice, desplegando sus alas y contemplando el cielo: «Mas allá, mas allá todavía, siempre mas allá.» Y por esta tendencia, verdaderamente indestructible, porque se refiere á su propia naturaleza, el gran artista se siente llamado á subir y á elevar, juntamente con él, á la humanidad, que le sigue hácia las cumbres más altas, porque aspira á la perfeccion infinita, á la belleza infinita, al esplendor infinito, y nos llama con él hácia las profundidades de lo infinito.

Hay en el fondo del génio artistico otra disposicion reveladora de su destino; es una especie de tédio, y no sé qué sentimiento de su destierro que experimenta en el seno de la realidad, lejos de la belleza que entrevé y busca. Ignoro quién pronunció por vez primera estas palabras célebres: «No háy gran génio sin melancolía;» *non est magnum ingenium sine melancolía*. Esto es verdad, mayormente tratándose del génio artistico. Hay una melancolia despreciable que se consume á *sí propia* en pensadumbre egoista y en

tristezas estériles; y hay la gran melancolía, que es el signo y el privilegio del génio. El génio siente y lleva en sus abismos de vacío, y este vacío frecuentemente un tédio inaplicable. Lo hemos hecho notar: todo lo que ve y todo lo que hace le parece tan horriblemente apartado de la belleza que entrevé, que algunas veces lloraría de una manera inconsolable.

Hay un conocimiento tal de la perfeccion y de la belleza, que le hace sentir cruelmente en todo lo que ve la imperfeccion y la deformidad de la realidad; y esta distancia, medida por su profunda mirada entre la belleza que percibe y la realidad que toca, imprime en su frente la melancolía real, que es tal vez lo que hay mas bello en la fisonomía del verdadero grande hombre. Así, cosa asombrosa y verdadera allí donde el vulgo encuentra con frecuencia el placer, él halla la tristeza, porque en vez de la satisfacción, encuentra en el fondo de esas alegrías lo que un jóven sorprendido por la muerte llamaba tambien *delicioso manantial de tormentos*. «El esplendor de una fiesta, la calma de la campiña, la brisa de la primavera, la divina pureza de una frente virginal, todo eso le da la alegría de sentir lo bello, pero tambien *le llena de iristeza* (1).» ¡Ah! Es que, en efecto, para las naturalezas superiores todo esto no es sino un relámpago, un resplandor de la belleza, cuya imágen adorada llevan en sí mismos, y cuya realidad impalpable siempre desaparece y se aleja.

Tal es aquí abajo la situacion de los amantes apasionados de lo invisible ideal. Detenidos como el comun de los hombres en la superficie de la tierra, en el cautiverio de la carne y en la esclavitud de los sentidos, lejos, muy lejos de esas

---

(1) Tonnelé.

regiones adónde su génio anhela elevarse, padecen á la letra el *mal del país*, ven á lo lejos su verdadera pátria, y tienen en el corazon la nostalgia del desterrado como lo están en efecto, cual en una playa extranjera, semejantes á los hijos de Israel, divisan en remotos horizontes su Jerusalem tan brillante y tan hermosa; centelleando en las claridades de su ideal, pueblo natal de su génio. Al ver su tristeza desinteresada de las cosas terrestres, se diria que han caido de su cielo á este oscuro valle. Y como aquellos desterrados de quienes habla el poeta, no se consuelan de estar sino reproduciendo en las obras de sus manos algo de aquellos esplandores que vislumbran á través de las sombras del valle, en aquellas alturas iluminadas á donde, á pesar suyo, se escapa su pensamiento para contemplar el sol de la pátria. Así el génio del artista lleva en estas bajas regiones que habitamos el signo del desterrado. Así el esfuerzo supremo que tiene que hacer es disminuir las distancia que le separa de su pueblo natal; es remontarse á fuerza de arranques generosos y de constante trabajo hácia aquella verdadera pátria de las almas, en donde la belleza en su esplendor infinito convida á la dicha de su propia contemplacion á la parte selecta de la humanidad.

¡Y desgraciado del artista que no padece ese mal de la pátria ausente, que hace de lo real y de lo vulgar su mansion escogida, y se complace en ella como en su pátria! Ah! Este no es verdadero artista; si tiene talento para serlo, desconoce su vocacion. En vez de subir y de elevarnos consigo, descenderá y arrastrará en pos de sí á una humanidad descendente; en vez de proseguir, tomando de abajo arriba, su vuelo ascensional hácia ese cielo de la belleza, á donde él tenia la mision de llevar á las almas, volará tocando al suelo, persiguiendo en las mas bajas regiones, guiado por falsos resplandores, las formas de lo tri-

vial y los espectros de la fealdad, y rebelándose contra su propio objeto, conspirando contra su propia grandeza, hará bajar, en vez de *elevarla*, á esa humanidad, cómplice de sus caídas y de sus decadencias.

Al contrario, si el génio del arte es fiel á sí mismo; si conserva ese noble sentimiento que le caracteriza; si siente al rozarse con la realidad esa melancolía del ideal ausente, tratará trabajando de remontarse hácia el cielo de las consolaciones generosas, y dará á la humanidad que le mira y le aplaude impulsiones sublimes. Desarrollará en sí mismo y en los demás todas las tendencias que nos acercan al cielo y á Dios; sobre todo suscitará y engrandecerá en él y en derredor de él esa necesidad de noble raza que nos eleva naturalmente hácia todo lo que es sublime; quiere decir, la necesidad de admirar; tercera disposicion nativa que lleva hácia arriba al verdadero génio del arte.

En efecto, señores: unida á esa necesidad de aspirar y de gemir que acabamos de ver, en el fondo del arte hay otra necesidad noble y generosa que le imprime, lo mismo que á la humanidad entera, un verdadero movimiento de ascension: la necesidad de admirar. Admirar fuera de sí, por un sentimiento desinteresado, todo lo que lleva el signo de la belleza, y provocar en los demás, por medio de obras brillantes, una admiracion semejante á la que experimenta uno en sí mismo: hé ahí lo que eleva el alma de los artistas y con ella la gran alma del pueblo, prendado y ennoblecido á la vez por el encanto de la verdadera belleza. La admiracion de lo bello al brillar en las obras maestras del arte, no es solamente el sello de las almas grandes, es una excitacion á la grandeza; es una impulsión hácia todas las cosas sublimes. El amor de lo bello es un amor vasto, profundo, sublime; invade las almas mas nobles y mas hermosas: las invade por sus lados mas

elevados; tiene por lo absoluto de su desinterés algo de celestial. La admiración, no la admiración de encargo ó asalariada, sino la admiración de instinto y espontánea, tiene esto de particular: que es un sentimiento esencialmente generoso; porque es absolutamente desinteresado. Hace más de dos mil años que la humanidad pasa, admiránolas, delante de ciertas creaciones del génio, sin buscar en ellas otro interés propio que el placer mismo de admirarlas. El egoísmo no entra para nada en una admiración sincera, y todo aquello en que no hay egoísmo es noble, elevado, engrandecedor. Hé ahí por qué la admiración tiene el poder de elevar y de engrandecer consigo misma á quien posee en la tierra ese sentimiento que tiene un no sé qué de celestial. Yo acepto como absolutamente verdadera esta graciosa fórmula de un autor contemporáneo (1): «La admiración es el sol de las almas.» En efecto, del mismo modo que el sol, la admiración ilumina, calienta como lo hace el sol, vivifica y fecunda lo mismo que el astro radiante del día, y á la par de todo esto eleva. Del mismo modo que el sol hace crecer, atrayéndolas, á las flores que se vuelven hácia él, así la admiración hace subir hácia la belleza á las almas que admiran. La belleza perfecta, sólo con dejarse entrever en una obra aún imperfecta, la invita á subir hácia ella: eleva la admiración hácia la perfección del objeto admirado. ¿Qué digo? En esa hora ardiente y fecunda en que el hombre siente, en su plenitud, el dulce y noble imperio de la admiración, esta le iguala en cierto sentido al génio que se la inspira, y se dice con sobrada razón: *admirar es igualar.*

Ved desde aquí al hombre, aun al hombre vulgar, pe-

---

(1) Leveque.

ro bastante grande sin embargo para no estar destituido de la gloria de admirar; miradle en el momento en que se halla bajo el encanto de una cosa grande y hermosa que admira. ¡Observad cómo centellea su mirada! ¡Cómo una llama ardiente ilumina su rostro y pone de manifiesto en la expresion de este toda su alma! El hombre en cuestion aparece transfigurado, y diriais al verle que no tiene otra cosa que hacer que tocarse la frente, abrir los labios ó extender la mano para realizar un milagro de génio comparable con la obra que admira! ¡Tanto puede la admiracion para engrandecer las almas y darlas, con la embriaguez de una alegría sublime y desinteresada, un acrecentamiento de vida, de fuerza y de fecundidad! Y hé ahí lo que acaba de mostrar en el génio del arte, la mision de elevar, á saber: que el génio del arte es la facultad de admirar y de hacer admirar, y que la propiedad de la admiracion es elevar á la altura del objeto que la produce, y asemejarse más ó ménos á la belleza y á la grandeza que se admira. Luego á vosotros, ¡oh artistas que habeis recibido el don de arrebatat la admiracion por el encanto de la belleza que resplandece en vuestras obras! á vosotros, vuelvo á repetir, toca apasionarnos de admiracion por la belleza celestial, y arrebatat, á una con esta admiracion, nuestras almas hácia el cielo.

Tales son, señores, los tres instintos que yo descubro en el verdadero génio del arte, y que revelándosenos con sus tendencias sublimes y sus ambiciones generosas, nos revelan la vocacion de engrandecernos y de elevarnos; y ante esos naturales vuelos, ante esas invencibles ascensionés del génio artístico, que nos hacen ver en él una de las más poderosas palancas de que la Providencia se sirve para levantar de abajo arriba á las generaciones humanas, tan propensas á caer, yo pregunto con espanto lo que de-

lo pensar acerca de las teorías y de las prácticas artísticas que tienden á precipitar el arte hácia lo ínfimo, lo vulgar, lo grosero, lo sensual, lo material, lo real, que quisieran detenerlo fijándolo allí, y en nombre de una ciencia nueva prohibirle mirar más léjos y aspirar á mayor altura. Verdaderamente me veo obligado á responder: «Esto no tiene más que un nombre en nuestra lengua; esto es la abdicacion de la vocacion, la traicion de la humanidad, la profanacion del arte, la prostitucion del génio.» Vosotros que estais marcados con la señal del génio, decidme: ¿por qué le habeis recibido del cielo? ¿Por qué perteneceis á la raza de águilas sino es para contemplar el cielo? Y ¿para qué lo contemplais sino es para atraeros la luz y para atraer sobre nosotros sus rayos? ¿Por qué Dios ha depositado en vuestro seno como la mejor parte de vuestro génio, un corazon rico de amor, capaz de las afecciones más celestiales y de las aspiraciones más santas, sino para fundir vuestros corazones con los nuestros en el más puro y casto de los amores? Y ¿por qué ha dado á vuestra mano la facultad, casi divina, de crear la belleza ideal, que es el encanto sagrado de vuestra inteligencia y vuestro corazon, sino es para que los eleveis á todo lo que hay más santo, más sublime, más perfecto, en una palabra, más ideal? ¿Por qué, en fin, ha depositado en el fondo más íntimo, más luminoso y más puro de vuestro génio esas aspiraciones hácia el *más allá*, esas melancolías ante las deformidades de la tierra y esa insaciable pasion de admirar todo lo que se refleja á Dios y nos apróxima al infinito? ¿Para qué sino para cumplir con la mision que Dios ha encomendado á todo el que es superior, es decir, para levantar á la humanidad que os admira, y trasportarla hasta el cielo? Desde el fondo de esas oscuridades, la humanidad os suplica que la levanteis de su abatimiento y la transporteis á los esplendores de la luz y á la patria de las cosas sublimes; yo, intérprete fiel de las subli-

mes; yo, intérprete fiel de las súplicas y de los gemidos de la triste humanidad, os digo en su nombre: «Mostradnos algo de los esplendores de nuestra verdadera pátria, inundadnos con sus claridades, embriagadnos de entusiasmo por todo lo grande y por todo lo bello; ponédnos sobre vuestras alas de fuego, levantadnos y exponédnos el perfeccionamiento y la magnificencia incomparable del arte, que degeneraría si dejase de ser un medio de elevacion.

### III.

Hé aquí, en efecto, señores, en el arte la gran cosa que atestigua la vocacion de levantar, el poder; poder verdaderamente dominador y verdaderamente régio, tanto mas eficaz y tanto mas seguro, cuanto se hace obedecer sin dar órdenes. La obligacion de elevar la humanidad está en razon directa del poder que se ha recibido, y aquí las responsabilidades son proporcionadas al poder. Asi, lo que constituye á los artistas responsables de una gran parte de sus decaencias del arte de la humanidad, es la potencia inherente al mismo arte. ¿Cómo os lo demostraré? El arte, hemos dicho, es la creacion humana hecha á imitacion de la creacion divina; luego la creacion es el signo de la potencia, y, segun la palabra de un autor contemporáneo, es su punto culminante. Creo en la potencia de Dios, porque creo que ha hecho el cielo y la tierra. *Credo in Deum Patrem Omnipotentem, factorem cæli et terræ*: creo en la potencia del génio artístico, porque ha creado la obra maestra que nos admira; y como la potencia del artista brilla en su obra, la potencia de su obra brilla en la humanidad, donde impera. Este poder de las obras del arte tiene de especial y glo-

rioso para el artista, que es esencialmente propio, rigurosamente personal, absolutamente independiente y autonómico, en el mejor sentido de la palabra. Si soy artista, si he recibido del Creador el don de crear con él, bajo la exclusiva dependencia de Dios de quien todo procede, mi creación me pertenece. Mi obra es el fruto de mi fecunda personalidad; es el crecimiento y la fructificación interna de mí *yo* creador, es la expansión fecunda de todas mis facultades reunidas para crear. Y en esta creación artística, que es mi parto, no pongo solamente una parte de mi sangre; pongo lo mas puro, mas elevado, mas generoso que mi ser contiene; y, si me es permitido decirlo, lo mas verdaderamente *yo*, mi pensamiento, mi imaginación, mi voluntad, mi libertad, mi trabajo, mi sufrimiento, es decir, *yo* mismo todo entero.

De aquí, señores, procede en el hombre artista la magnitud de la responsabilidad por la misión que la Providencia le ha confiado. Es evidente, en efecto, que el hombre en lo que hace es tanto mas justificable ante el tribunal de Dios y ante el tribunal de los hombres, cuanto su poder es mas personal y al mismo tiempo mas voluntario y mas digno de su ejercicio. Ahora bien; acabais de verlo; nada hay mas inherente á la personalidad que la creación de la obra del arte, y nada hay mas libre que el ejercicio de las facultades artísticas. Pues, sin ir mas lejos, podemos medir ya la responsabilidad que impone al artista el poder de su arte, y con la responsabilidad que le impone, la vocación que le concede. Pero lo que además muestra toda esta responsabilidad y esta vocación del artista, es que este poder, tan esencialmente libre y personal, es al propio tiempo el mas enérgico, el mas grande y el mas popular: el mas enérgico, por la fuerza que le constituye; el mas grande, por la esfera en que se desenvuelve, y el mas popular, por la simpatía general que inspira.

Este poder es el mas enérgico por la misma fuerza que le constituye. Con efecto, señores; ¿quién dirá lo que influye este poder tan autonómico, tan personal, tan verdaderamente humano en la dicha ó en la desgracia, en el progreso ó en la decadencia del pueblo? Es como el mismo poder de la palabra, porque el arte es una palabra, y como la palabra que se emplea para el reinado del bien ó el del mal, es verdaderamente dominadora, sin que le resista la humanidad conjuntamente considerada. Quiéralo ó no el artista, si pone á su obra el cetro real del genio, su obra reinará: manchará ó purificará, pervertirá ó santificará, rebajará ó elevará, segun este génio haya seguido ó violado su ley, segun haya llenado su destino ó héchole traicion. ¿Quién de vosotros, señores, no podria servir de testimonio viviente de este poder admirable y terrible que el génio del arte ejerce sobre el alma del hombre? ¿Quien no ha sentido sus influencias en las varias esferas donde reina el arte con sus obras maestras? ¿Quién no ha experimentado en lo mas íntimo de su ser, en el sentido del bien ó en el del mal, la influencia misteriosa pero profunda de una armonía que resuena, de una estátua que se yergue, de una pintura que se ostenta, de una arquitectura que se eleva, de un drama que se representa, de un poema que se canta, de una elocuencia que habla? ¿Quién no se ha estremecido bajo esta influencia victoriosa? ¿Quién no se ha humillado quizás bajo ella proclamando el poder que triunfa de su persona? ¡Ah! En vano procuraria protestar el mundo entero contra este reinado del arte: protesta inútil, que no le impediria fundar su trono, ni estender su cetro, ni proseguir con su imperio. Así, la humanidad se somete á él sin pensar en libertarse: lejos de protestar, aplaude; lejos de sacudir su yugo, le apetece; lejos de creerse humillada, se considera dichosa y ennoblecida. Así, el artista, que ha triunfado de

la palabra, del pincel, del color, del sonido, al realizar su obra, entra como en triunfo en la ciudad de las almas, desvanecidas en su presencia; entra con una fuerza que no es la violencia, sino la bien comprendida dominación, y las almas se inclinan ante él, gritando alrededor de su carro triunfal: «Eres nuestro Rey y nosotros tus súbditos.»

No es difícil adivinar á qué tiende este imperio prodigioso que el arte ejerce sobre nosotros; es el poder del arte brillando en una obra maestra; es una grande alma que se pone de manifiesto; es una gran fuerza que se despliega, y que desplegándose afuera tal como existe adentro, conmueve á las otras almas y las comunica por el encanto de la hermosura verdadera ó por la fascinación de la falsa, la pasión del bien ó el contagio del mal. Si, señores; un alma, en su vitalidad plena y en su total energía; un alma grande, fecunda, enérgica; un alma de gigante ostentándose ante la muchedumbre, en una obra magistral, les dice por la voz de esa misma obra maestra: «Miradme, aquí estoy; aquí estoy con mis virtudes ó con mis vicios, con mi perfección ó con mi corrupción, con mi santidad ó con mi perversión;» en una palabra, la personalidad, pero una personalidad poderosa y comunicativa por escepcion, llevando en sí misma todos los elementos de una majestad latente, manifestándose de golpe en lo exterior, y mostrando en una obra esencialmente autónoma, original y llena de expresión, el signo auténtico del génio creador; he aquí todo el misterio de la majestad artística. Es que esta obra del artista, esta pintura, esta estatua, esta armonía, es la traducción brillante, simpática y arrebatadora de la persona humana; es la expresión exterior de sus energías interiores; es un alma luminosa, ardiente, robusta, esto es, llena de amor y de fuerza, resplandeciendo bajo la magia de sus formas sensibles, y dando á las restantes un impulso más ó menos decisivo

pero siempre real y eficaz. Y la esplosion de esta alma manifestándose con su fuerza, es en el órden moral como la agitacion de una ola, y, mejor dicho, es como la electricidad, que hace partícipe á toda la cadena del temblor que experimenta el primer eslabon.

Y he aquí lo que agranda estraordinariamente el imperio que este poder se crea y produce asimismo en la humanidad: al propio tiempo que es en sí mismo el mas enérgico por la fuerza que le constituye, es el mas extenso por la esfera en que se desenvuelve; esfera inmensa en ocasiones, formada alrededor de su majestad por la triple dimension del tiempo, del espacio y de la humanidad. Tal es, con efecto, el carácter de las grandes dominaciones, y, sobre todo, de las que aspiran á un dominio mas ó menos universal: hacerse súbditos en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las etapas de la humanidad; no tener por frontera en su imperio ni un minuto en el tiempo, ni una barrera en el espacio, ni una clase de hombres en la sociedad: he aquí el dominio que se crea en el mundo el poder del génio por la creacion de sus obras maestras.

Además, constituye un imperio que dura él solo mas que el de las dinastías mas estensas y seculares. Este poder que brilla hoy como la esplosion espontánea de una gran vitalidad, no se desvanecerá como tantas otras mañana, al soplo del tiempo que huye con el imperio que se han formado. Este poder dura; sigue viviendo y reinando; diríase que su obra creada tiene algo de lo increado: su aparicion en el tiempo parece tener algo de la eternidad. Su obra constituye un imperio dilatado como los siglos, los cuales multiplican al pasar su accion, en vez de anularla; y en vez de derribar con su corriente el pedestal en que se coloca en el universo, le elevan con el sufragio de las generaciones que pasan y saludan su majestad inmortal acre-

centando su renombre. La duracion de su reinado solo es comparable con la extension de su dominio y con la universalidad de su accion en la humanidad. El filósofo y el sábio obran directamente sobre una fraccion ordinariamente mínima de la humanidad; el artista sobre la propia humanidad. La lengua filosófica y científica se dirige á un pequeño número: la artística se dirige á todos, y por todos es comprendida. Algunos no entienden ni esplican el imperio prodigioso ejercido por el arte en la humana sociedad; pero todos lo sienten y lo experimentan sin entenderlo ó esplicarlo.

Esto es lo que comunica al artista una responsabilidad verdaderamente inconmensurable. Al producir fuera de sí lo que hay en él más personal, libre y elevado, lo produce para todos; y á todos, sin excepcion alguna, lo manifiesta rigurosamente. Porque la propiedad del idioma del arte está en ser una palabra esencialmente universal, independiente de toda convencion é inteligible para todos, y tiene por objeto manifestar lo que eleva á todas las almas y las hace brillar en la esfera más vasta. Y bien podemos decir que la esfera en que se manifiesta el poder artístico jamás ha sido tan vasta como ahora; vuestras exposiciones, de cuando en cuando más y más universales, tienden á constituirle cada dia una majestad grande como el mundo.

Lo que completa en la humanidad este empeño del artista, es que el poder del génio artístico encuentra, para eternizar su dominacion en el fondo del alma humana, un auxiliar y un cómplice que conspira con el génio para someterle á su dulce pero omnipotente imperio. Hay en el alma, por vulgar que sea, el instinto natural y la inestinguible necesidad de la imitacion, instinto ciego con frecuencia en las muchedumbres, del cual se aprovecha el génio como de una palanca poderosa para elevarlas ó abatirlas, para hacerlas marchar por las

del progreso ó precipitarlas por las de la decadencia.

Hemos dicho que el artista contempla lo ideal, y que lo ama; tiene precision de imitar este ideal que contempla y ama: quiere dar á esta forma ideal vista y amada en sí mismo, la forma plástica de la belleza. Si bien se considera, esta necesidad del hombre artista es en cierto sentido la necesidad del hombre pueblo. Si fuese de otra manera, la multitud de los hombres, á semejanza de los irracionales, pasaria sin conmoverse por delante de las obras maestras más hermosas, lo mismo que por delante de las maravillas más grandes de la naturaleza. El hombre pueblo, júzguese como se quiera, tiene precision de admirar; se complace viendo las cosas grandes, bellas, sublimes, y ama por una tendencia natural lo que contempla, y procura imitar y traducir lo que ama, no como el artista en las obras del arte, pero sí en las obras y realidades de la vida, cosa también decisiva bien que por distinto concepto. Dejado este instinto popular á su propio impulso, busca lo que se halla más alto. Dios no le ha dado solamente, como al artista, una frente sublime para contemplar el cielo, sino también un alma grande para ir tras de lo infinito, que le grita desde su fondo al entrever la hermosura y la grandeza infinitas: *sursum corda*. En presencia de las visiones sublimes siente nacer en sí los amores sublimes, y estos le llevan por su natural impulso hácia todas las cosas sublimes.

Observad que esta noble necesidad de la grande alma popular puede estraviarse, y se estravia, en efecto, con frecuencia. Si la hermosura y la grandeza se presentan bajo un aspecto falso, experimenta por la una y por la otra una pasión tan sincera y en ocasiones un entusiasmo tan instintivo, que su simple apariencia engañadora tiene aún el poder de encantarle, seducirle y dominarle.

Ved aquí, señores, la más grande perversion del arte

«Cualquiera que haya meditado bien todas estas pruebas,  
«halla que es no solamente mas seguro, sino mas fácil creer  
«que no creer, y da gracias á Dios por haber querido que  
«la mas importante de todas las verdades sea tambien la mas  
«cierta, y que sea tan imposible dudar de la verdad de la  
«religion cristiana, como de la existencia de César ó de Ale-  
«jandro.»

RESURRECCION

DE

JESUCRISTO.



Que testifica más solemnemente en la cruz, como lo re-  
fieren nuestros escritores sagrados, es un hecho histórico, que  
fuera el origen del cristianismo. Mas según los libros  
y las lenguas que nos suministran evidencias, mas el no-  
ticio de la resurrección de Jesucristo, es tan seguro y  
decisivo, que nada ha dividido la mente para impugnar su  
verdad y asegurar su realidad. Pues sin embargo se ha  
visto que el Sacerdote, los Hebreos, ni los gentiles, ninguno  
podrían pagar suficiente precio que Jesucristo no muriera  
muerto, y que por consiguiente sus huesos fueran por  
reservados, y según todo lo que nos ha quedado de los an-  
tiguos escritores, como los apóstoles de la religión y sus dis-  
cípulos, no se ve que ninguno jamás por la resurrección  
de Jesucristo, ni sobre la realidad de su muerte, ni sobre su  
realidad por indudable. Con respecto á la resurrección, mas  
según los escritores de los cristianos, de los Judíos y de  
46

---

## CONFERENCIA VIGÉSIMA.

---

### RESURRECCION

DE

### JESUCRISTO.

---

Que Jesucristo murió realmente en la cruz, como lo refieren nuestros escritores sagrados, es un hecho histórico, que desde el origen del cristianismo jamás negaron los Judíos y los Paganos sus más implacables enemigos: mas el prodigio de la resurrección de Jesucristo es tan asombroso y decisivo, que nada ha olvidado la malicia para impugnar su realidad y oscurecer su esplendor. Nunca sin embargo se ha oído que el Sanedrín, los Rabinos, ni los sofistas, griegos ó romanos, hayan imaginado decir que Jesucristo no había muerto, y que por consiguiente fué fácil hacerle pasar por resucitado: y según todo lo que nos ha quedado de las antiguas disputas entre los apolojistas de la religión y sus adversarios, no se ve que recayera ninguna vez la controversia sobre la realidad de la muerte de Jesús que unos y otros tenían por indudable. Con arreglo pues á la creencia más antigua y constante de los cristianos, de los Judíos y de

los Paganos, no puede hoy admitirse la menor duda sobre este punto; y en efecto, si se considera que Jesus, despues de una flajelacion atroz, permaneci6 tres horas clavado en la cruz, bañado en su sangre y sufriendo horribles tormentos; que su costado fu6 abierto con una lanza; que se reconoci6 si habia muerto ántes de bajarle de la cruz, que fu6 depositado en el sepulcro, y envuelto entre sábanas con una porcion grande de aromas, que por si solos hubieran podido sofocarle, si aun hubiese estado vivo, cualquiera se persuadirá sin dificultad de la certeza de su muerte.

Así es que nunca se han dicho mas de dos cosas: una, que resucitó, y otra, que si su cuerpo no se halló despues en el sepulcro fu6 porque le robaron sus discipulos. Oigamos lo que sobre esto dicen los incrédulos: «Los discipulos de Jesus, dicen, forman el proyecto de robar el cuerpo de su Maestro; y ya fuese por medio del soborno, del fraude, ó de la violencia, triunfan de la vijilancia de los centinelas colocados al rededor del sepulcro: extiende luego la voz de que ha resucitado, y esta fábula forjada por la impostura se propaga como una realidad entre un pueblo naturalmente crédulo. Sin embargo, la relacion misma de los Evangelistas, considerada atentamente, os presenta pormenores y circunstancias contradictorias, que no pueden ménos de hacerla sospechosa: por otra parte, si Jesus resucitó ¿no hubiera debido en lugar de aparecerse únicamente á sus discipulos, presentarse á la Sinagoga, á toda la ciudad de Jerusalem, y á sus enemigos todos para confundirlos, y borrar con la gloria de su resurreccion la oscuridad de su vida y los oprobios de su muerte?» Tal es el lenguaje de la incredulidad; le manifiesto francamente, porque la religion es demasiado fuerte para temer ni ocultar los ataques de sus enemigos.

Si oís ahora al cristiano, os dirá que el hecho de la resurreccion de Jesus está apoyado en testimonios irrecusables; que la suposicion del robo de su cuerpo es enteramente quimérica; que la contrariedad aparente de los Evangelistas sobre algunos pormenores, léjos de debilitar, fortifica el crédito debido á su relacion: que Jesus dió pruebas suficientes, de su resurreccion, y muy convincentes para todo

hombre sensato; pruebas que conservan, con respecto á nosotros, toda su fuerza primitiva. y que así este milagro es el triunfo de la relijion de Jesucristo, su Divino Fundador. El presente discurso va á consagrarse á afianzar y vindicar esta creencia de los cristianos, y al efecto estableceremos la realidad de la resurreccion de Jesucristo, probándola por testimonios, como se prueban todos los hechos, y despues deduciremos y aclararemos las consecuencias que se derivan de ella á favor de la relijion: por lo tanto el objeto y plan de esta conferencia serán las muchas pruebas y consecuencias del hecho de la resurreccion de Jesucristo.

Los cristianos, siempre sensatos en su fé, creen la resurreccion de Jesucristo con fundamentos sólidos, capaces de producir en cualquier alma juiciosa la mayor ilustracion y el conocimiento mas profundo. Yo con efecto la creo por el testimonio de testigos irrecusables bien instruidos del hecho, y sinceros en su relacion: la creo por la autoridad de los que al principio la creyeron del modo mas firme, y despues de la mayor meditacion. La creo á causa de la absurda suposicion que es forzoso hacer para no creerla; y en fin, la creo por la futilidad de las razones con que se la impugna. Si cada uno de estos motivos de credibilidad hace gran fuerza, ¿cuanta no será la autoridad de todos ellos reunidos?

He dicho que creo la resurreccion de Jesus por la declaracion de testigos irrecusables, tan bien informados como sinceros: ¿y no es evidente en efecto que los discipulos de Jesus no pudieron engañarse acerca de la certeza ó de la falsedad del hecho de la resurreccion, y que debieron saber perfectamente lo que sucedió? Observad que al principio fueron escrupulosos en creerla, y que esta misma desconfianza sirvió para preservarlos de cualquier sorpresa. Cuando las santas mujeres que habian ido al sepulcro anuncian que ellas habian visto vivo al Señor, las tratan de visionarias: cuando se aparece á los Apóstoles reunidos creen ver un fantasma; uno que estaba ausente no quiere creer á los demas, y protesta que no creerá mientras no ponga sus propias manos en las llagas del cuerpo de Jesus. ¡Dichosa incredulidad, y muy á propósito para vencer la nuestra, porque nos asegura la severidad del exámen de los discipulos, y nos en-

seña que no fueron juguete de una credulidad precipitada! Observad tambien que tuvieron todo el tiempo necesario y todos los medios de convencerse bien del hecho. Jesus se aparece, no á una sola persona, cuyo testimonio siendo único, pudiera pasar por una ilusion; sino á muchos, á una multitud á un tiempo: á la Magdalena, á otras mujeres, á S. Pedro, á Santiago, á dos discípulos, á los once Apóstoles, y en fin á quinientas personas reunidas: se aparece, no durante las tinieblas de la noche, en que la imaginación ofuscada suele personificar las fantasmas, sino de dia claro, en los sitios mas despejados, en diferentes lugares, en el huerto donde estaba el sepulcro, en el camino de Emaus, en el Cenáculo, á las orillas del lago de Jenezareth, y sobre una montaña de Galilea. Se aparece, no de un modo rápido y fugaz que no deja vestigio alguno, sino por espacio de cuarenta dias, durante los cuales habla con sus discípulos, se deja tocar por ellos, y come en su compañía. ¡Y qué! los Apóstoles que habian vivido familiarmente con Jesus por espacio de tres años enteros, que conocian perfectamente su rostro, su voz, su ademan, sus modales, sus discursos, y cuanto tenia relacion con su persona; ¿habian de haber sido todos tan estúpidos que confundieran constantemente á Jesus, á quien solo habian perdido de vista algunos dias, con no sé que otra cosa que no fuese él? ¿Habia de figurarseles ver lo que no veian, oír lo que no oían, tocar lo que no tocaban? En una palabra, ¿habian de estar todos y de repente, sin haber dado jamas señales de locura, ajitados de un mismo delirio, y de un delirio tan semejante y tan durable, que trastornados sus cerebros por espacio de cuarenta dias experimentasen siempre las mismas sensaciones y siempre se les representase el mismo fantasma? Estas son las consecuencias que deben conceder los que pretenden que los Apóstoles fueron juguete de su imaginación acalorada, tomando un ente ideal por la persona de Jesueristo.

Convenimos, sé dirá, en que no ignoraban lo que habia de cierto acerca de la resurrección; como que fueron ellos los que la inventaron con todas sus circunstancias, y los que por medio de esta impostura han engañado al mundo; pero es constante que en nada puede apoyarse semejante suposición; y para tener á los Apóstoles por otros tantos im-

postores que hayan inventado, extendido y sostenido hasta con la muerte la fábula de la resurreccion, es preciso resolverse á tragar las cosas mas ridiculas, mas repugnantes y contradictorias. No eran ciertamente los Apóstoles filósofos formados en las escuelas de Atenas ó de Roma, ni hombres de una alma naturalmente elevada y capaz de grandes designios, eran por el contrario hombres ignorantes, tímidos y groseros. Sin embargo, para este intento el incrédulo los hace los personajes mas extraordinarios y atrevidos, pues les atribuye el proyecto mas vasto y mas profundo que haya concebido jamas el ingenio humano; el de hacer adorar por toda la tierra como á un Dios á un impostor crucificado en la Judea, y ¡cosa increíble! aun así lo hubieran conseguido. Tampoco eran los Apóstoles malvados ni impíos, y aun suponiéndolos tan simples que se hubiesen dejado engañar, la sabiduría de su moral, sus virtudes y su conducta irrepreensible, no permitirian que se los pintase como unos monstruos de impiedad y de alevosía; esto sin embargo serian verdaderamente segun el sistema de los incrédulos. Y en efecto, ¿podia concebirse proyecto mas horrible que el de engañar á todo el jénero humano, y suponer resucitado por el poder divino á un hombre que se sabia ciertamente que habia muerto, y emprenderlo todo para que se tributasen honores divinos á quien solo hubiera merecido el desprecio y el odio? En fin, los Apóstoles no eran unos frenéticos, ni unos insensatos que, sin utilidad ninguna y contra sus intereses, formasen una trama por otra parte tan execrable. El hombre no es malvado ni hipócrita sin algun fin: tales sin embargo deberíamos suponer á los Apóstoles si escuchásemos á los incrédulos: porque al cabo, ¿qué interés podian tener los Apóstoles en asegurar falsamente que Jesucristo habia resucitado? ¿Qué utilidad podia reportarles su impostura? ¿Qué podian prometerse de ella? En la vida presente el furor de los Judios, las prisiones, el oprobio, los tormentos y la muerte; y en la vida futura los castigos que un Dios vengador del crimen reserva á los seductores impíos. Aun hay mas: si Jesús no resucitó como él mismo lo habia anunciado, su impostura quedaba comprobada, y los Apóstoles no hubieran debido ver en él mas que un embustero que los habia engañado: ¿y es creíble

que se mostrasen tan celosos de la gloria del que reconocian por un impostor? Esto no está en la naturaleza del hombre.

Si se supone que los Apóstoles urdieron juntos esta trama, me figuro que para ponerse de acuerdo se reunirían todos, y tomando la palabra el mas audaz, diría á sus compañeros: «Amigos míos, ahora ya no queda duda de que Jesús nos ha engañado, había prometido resucitar y allí se está entre los muertos. A nuestro interés personal, convendría publicar su impostura; pero nada de eso; y al contrario, sacrificuémoslo todo por su gloria: conciencia, honor, tranquilidad y hasta la vida misma. Bien cierto es que nosotros hemos estraído su cuerpo del sepulcro; pero nada importa. A pesar de la verdad publicaremos que salió vivo de él, y le adoraremos como á un Dios. No hay duda que se irritará contra nosotros la sinagoga y toda la nación judía: ¿qué importa tampoco? Arrostraremos todos los peligros imaginables por sostener tan vil mentira. Si hay un Dios de justicia y de verdad, castigará con penas terribles nuestra horrible impostura despues de la muerte; pero ¿qué importa? arrostramos el enojo del cielo y el de la tierra; y sin utilidad alguna en esta vida ni en la otra, y contra todos nuestros intereses, apresurémonos á publicar por todas partes la resurreccion falsa de Jesús; y si es menester dejémonos degollar por una fábula inventada por nosotros.»

He aquí el proyecto mas que infernal que sería necesario atribuir á los discípulos de Jesús. Además de esto, sería necesario suponer, que despues de haberse puesto de acuerdo, no hubiera habido uno solo, que angustiado por sus remordimientos, abjurase su detestable compromiso; ni uno solo que descubriese el secreto por el aliciente de la recompensa; ninguno que por imprudencia ó lijereza le dejase transpirar, ó á quien se le arrancase el temor del suplicio: todos debían llevar consigo al sepulcro la horrible gloria de morir en fe de un hecho que les constaba ser falso, perdiéndolo todo si todo acaba con la muerte, ó hallando despues de ella tormentos si existe un Dios vengador. Ved aquí prodijios mas increíbles que el de la resurreccion. Queda pues manifestado que en los discípulos de Jesús, que se pre-

sentaron como testigos oculares de su resurreccion, no puede haber sospecha de ilusion ni de impostura; y por consiguiente, que su testimonio es irrecusable.

He dicho en segundo lugar, que creo la resurreccion por la autoridad de los que no pudieron dejar de darle crédito desde el orijen del cristianismo. Empiezan los Apóstoles á predicar en medio de Jerusalem y demas pueblos de la Judea, la resurreccion de Jesucristo, y este es el milagro que ponen por base de la religion, y el que presentan como el titulo mas convincente de la mision divina de Jesucristo. San Pedro le anuncia en el templo al pueblo judío: «Habeis dado muerte, dice, (1) al autor de la vida; pero Dios le ha resucitado, y así lo certificamos nosotros.» Pablo va poco despues á publicarle en medio de Atenas, y hasta delante del Areopago (2), y este grande Apóstol escribiendo á los Corintios les dice, que si Jesucristo no ha resucitado, su fe es enteramente vana, porque en nada triba, «y nosotros, añade, no somos mas que falsos testigos: (3)» este es el milagro por excelencia, cuyo esplendor resalta sobre todos los demas, y es el centro en donde terminan todas las partes del cristianismo. El fiel puede impunemente, y sin que su fe padezca, ignorar muchos milagros consignados en nuestros libros santos; pero no le es licito ignorar el prodijio de Jesus libre hasta en los brazos de la muerte, y su salida triunfante de la lobreguez del sepulcro: quien crea este milagro debe ser cristiano; y no puede serlo el que no lo crea: con efecto, si Jerusalem, Corinto, Atenas, Efeso, Antioquía, Alejandria y Roma ven desde el principio en su seno adoradores de Cristo, es porque los Apóstoles habian ya predicado allí su resurreccion gloriosa, y quién soy yo para contradecir despues de diez y ocho siglos un hecho que los paganos y los Judios de aquellas famosas ciudades creyeron de un modo tan íntimo y profundo, que no dudaron en adoptarle por regla de su fe y

(1) Act. III, 15.

(2) Act. XVII. 31.

(3) I Cor. XV. 15, 17.

de su conducta, estando prontos á morir antes que negarle aun en apariencia?

La tenaz resistencia con que muchos han desechado este milagro, se esplica fácilmente por el imperio de las pasiones, siempre rebeldes al yugo de una relijion que las importuna; pero el que otros muchos le hayan reconocido y profesado, aun con riesgo de su vida, es lo que no se puede atribuir sino á la persuasion mas íntima, fruto del exámen mas detenido. Su creencia me haria ciertamente menos impresion si pudiera sospecharla en algun modo interesada; pero ¿qué interés podian hallar en ella los Judios y los paganos? Todo debia al contrario alejarlos de una creencia, que lejos de ser una de aquellas novedades que se atraen partidarios escitando y halagando en el corazon del hombre sus inclinaciones mas queridas, la ambicion, el orgullo y el deleite, exige por el contrario para ser cristiano el sacrificio de las pasiones. El Judio carnal y grosero que esperaba un Mesias poderoso y magnifico, tenia que adorar á aquel mismo que los Sacerdotes y Doctores de la ley habian hecho morir como á un impío, enemigo de Dios y del culto de Moises; y los paganos, voluptuosos y entregados á la sensualidad, debian profesar una relijion de cruz y de padecimientos. ¡Oh! ¡cuán poderosos motivos necesitaban los unos y los otros para sobreponerse al imperio de los sentidos y de las preocupaciones! Y siendo el milagro de la Resurreccion el fundamento de todos estos motivos, ¿con cuán severa y escrupulosa atencion no debian haberle examinado! ¿Y no será por esto mismo de una autoridad inmensa su creencia íntima y profunda sobre este hecho, atestiguado aun á costa de su propia vida?

En tercer lugar he dicho, que creo la Resurreccion de Jesucristo por lo absurdo de la suposicion que es necesario hacer para no creerla. En esto no hay medio: ó Jesus resucitó, ó es preciso suponer que sus discípulos robaron su cuerpo. Creo que no se me disputará el derecho de hacer observar que es contra todas las reglas del sentido comun y de la sana critica impugnar hechos bien probados alegando rumores vagos, suposiciones y conjeturas gratuitas. Los Apóstoles sabian muy bien el rumor esparcido acerca del robo del cadáver: ellos mismos le refieren como una

fábula inventada por los Judios; y no por eso desisten de prestar á Jesucristo resucitado un testimonio sellado hasta con su sangre. Fijemos el punto de la cuestion: ¿se puede acusar á los Apóstoles de ilusion ó de impostura? ¿Fueron engañados ellos, ó nos engañan á nosotros? Mientras no se destruyan las pruebas alegadas á favor de la sinceridad de su testimonio, conserva este todo su valor. Y qué, ¿he de presentar yo testigos de un hecho, probando que su testimonio es irrecusable, y os habeis de contentar vosotros con negarle simplemente y sin pruebas? No basta decir que era posible el robo del cuerpo de Jesus; se necesita probar que fué robado realmente; y así, ó reconoced el hecho bien probado de la resurreccion, ó probad vosotros con fundamentos positivos el hecho del robo. Con los monumentos de la historia en la mano me probais que estando Cesar en el senado fué muerto trágicamente; ¿y podria yo crearme dispensado de dar crédito á este hecho alegando la mera posibilidad de lo contrario? Ciertamente si valiera semejante modo de racionar, pronto quedaria destruida toda la historia; pero discutamos un instante la suposicion del robo, y digamos al efecto á los incrédulos: Sabeis y concedeis que una guardia de soldados romanos custodiaba el sepulcro. Ahora bien, ¿quereis que corrompidos estos con dinero fuesen cómplices del robo? ¿Quereis que violentamente y con las armas en la mano triunfaran de ellos los discípulos de Jesus, ó que estando dormidos los soldados sacáran aquellos del sepulcro furtivamente el cuerpo de su Maestro? Harto triste es tener que optar entre estas tres suposiciones; pues ninguna de ellas puede sostenerse.

Si los guardas fueron corrompidos por el oro, es preciso suponer que los Apóstoles se presentaron á ellos como hombres impudentes y sin conciencia, que iban á ajustar un crimen, por el que no temian hacer ofertas que, si no eran admitidas, podian arrojarlos en un abismo de desgracias. ¿Y no habria entre los soldados alguno inaccesible á la corrupcion, ni uno solo que por la esperanza de la recompensa denunciase á los Apóstoles mas bien que se asociase á una empresa criminal, cuyo resultado podia ser tan funesto para sus autores? ¿Y el consejo de los Judios habia de guardar silencio y dejar de practicar informaciones contra los

guardas y contra los Apóstoles para descubrir toda la trama y precaver efectos que estaba decidido á impedir? Los Judios habian tomado toda clase de precauciones contra el fraude; habian pedido al Gobernador una guardia, habian puesto en el sepulcro los sellos de la autoridad pública: ¿y mostrándose tan interesados en impedir la creencia del hecho de la Resurreccion, se quiere que no practicasen diligencia ninguna contra los guardas y los discípulos para poner de manifiesto su complicidad? Esta primera suposicion es tan repugnante, que jamas se han atrevido á hacerla los Judios.

¿Podrá acaso decirse con mejor éxito que los discípulos se sirvieron de la fuerza para ahuyentar los guardas y robar el cuerpo? ¡Pero qué! unos hombres tan tímidos, tan cobardes, que los dispersa el miedo y niega Pedro tres veces á su Maestro á la voz de una criada, tan aturdidos con la muerte de Jesucristo que no saben que pensar de él y de sus promesas, y ni aun pueden ocultar en este punto sus temores y sus incertidumbres, ¿habian de transformarse de repente en hombres intrépidos, arrostrar los peligros durante las tinieblas de la noche, embestir y dispersar á los soldados romanos? ¿Hay en esto verosimilitud? Aun mas; si los soldados hubiesen sufrido semejante violencia, ¿hubieran dejado de denunciar para su propia justificacion este atentado de los Apóstoles? ¿Y no hubieran sido estos perseguidos entónces jurídicamente como profanadores de los sepulcros y violadores atrevidos de los sellos de la autoridad pública, puestos sobre el sepulcro de Cristo? Sin embargo no hay la menor señal de semejante acusacion.

La tercera y última suposicion, hecha en aquel tiempo por los Judios, se reduce á decir: que habiéndose dormido los guardas, fué sacado el cuerpo furtivamente durante su sueño. Este cuento judáico es muy digno de repetirse en el dia por hombres que todo lo creen, menos lo que deben creer. Para admitir esta suposicion es necesario decir que se habian confabulado los guardas para dormirse todos á un tiempo, y que ni uno solo despertó á pesar del ruido de una multitud de personas que llegan al sepulcro, remueven la enorme piedra que le cubria, entran en él, sacan el cuerpo y se le llevan. Hay otra circunstancia muy notable tam-

bien; en vez de llevarse el cuerpo envuelto como estaba (operacion mas fácil y mas breve,) hacen aquellos estraños ladrones todo lo contrario: separan la sábana en que el cuerpo estaba envuelto, y la dejan en el sepulcro, y aun colocan á un lado el sudario que cubria su cabeza, particularidades todas que refieren puntualmente nuestros Evangelistas. Si se quiere decir que los Apóstoles se introdujeron secretamente hasta el sepulcro por algun camino subterráneo, responderémos de un modo incontestable, que semejante fraude hubiera dejado señales patentes; porque estando el sepulcro labrado en la piedra, hubiera sido preciso hacer una entrada que hubiese descubierto la trama y robo sacrilego. Bien lo veis, Señores; la suposicion del robo del cuerpo de Jesus, además de ser enteramente arbitraria, no está apoyada en prueba alguna positiva, y carece hasta del mérito de una simple probabilidad: es una armazon de piezas desproporcionadas que se vienen á tierra por todos lados, y aquí puede decirse con el poeta romano: «Créalo un Judío; yo no lo creeré.»

He dicho últimamente que creo la resurreccion, por la futilidad misma de los argumentos con que se la impugna. Nada hace resaltar tanto la fuerza y el esplendor de la verdad, como la nulidad de los esfuerzos que se emplean en rebatirla; entonces es cuando sobresalen mas su superioridad y su triunfo. ¿Y qué han discurrido los incrédulos contra las pruebas históricas del hecho de la resurreccion? Dicen primeramente, que los Evangelistas inciertos y vacilantes en sus narraciones, refieren cosas contradictorias; que no estan conformes entre sí acerca de las apariciones de los Angeles, ni en las de Jesucristo, en los viajes hechos al sepulcro, ni en las horas á que se hicieron: que uno supone se apareció solo un Angel, y otro que muchos; que lo que segun aquel pasa antes de la aurora, sucede segun este despues de la salida del sol. ¿Y cómo puede apurarse la verdad en esta contrariedad de narraciones? Pero dígame todo hombre de buena fé: ¿Hay entre los hechos mas auténticos de la antigüedad uno solo que no ofrezca en sus pormenores y circunstancias accesorias, oscuridades que atormenten á los críticos? ¿Será lícito rebatir el testimonio de cuatro Evangelistas por algunas particularidades de sus relacio-

nes, muy claras acaso para los contemporáneos, por mas que sean embarazosas para nosotros que estamos separados del hecho por un intervalo de diez y ocho siglos? Es ademas muy fácil concebir los motivos de las contrariedades aparentes que ofrecen las relaciones de los Evanjalistas. He aquí lo que entonces sucedió. Diferentes mujeres y discípulos salen á distintas horas para ir al sepulcro, hacen diferentes viajes por distintos caminos, á veces se les aparece un Angel, á veces dos: de todas estas particularidades igualmente indudables, la que se refiere por un Evanjalista se pasa en silencio por otro, y de esto resultan diversidades, pero ninguna contradiccion real. ¿Y quién no vé que estas oposiciones aparentes hacen resaltar mucho mas la sinceridad de los Apóstoles? Si ellos hubieran maquinado una impostura, poca dificultad les costaba concertar juntos una narracion que no ofreciese diferencia en ninguna de sus circunstancias; pero no, solo la verdad guía la pluma de los escritores Sagrados, y cada uno cuenta con sencillez lo que cree que debe referir, persuadido de que su relacion es conforme con la que pueda hacer cualquiera otro. Así sus narraciones son bastante semejantes para quedar al abrigo de cualquier sospecha de impostura, y bastante diferentes para evitar la tacha de fraude concertado.

Llegamos ya pues al último recurso de los incrédulos. Si Jesucristo hubiera resucitado realmente, ¿se habria contentado con aparecerse á sus discípulos que ya creían en él; y no hubiera debido mas bien aparecerse á sus enemigos para curarlos de su incredulidad? Es cierto, Señores, que si quiso Jesucristo que su mision divina resplandeciese principalmente en el milagro de su resurreccion, debió dejarnos de él pruebas suficientes para convencerse cualquier espíritu racional; ¿pero si bastan las que nos ha dado, si llevan consigo un sello de verdad que no puede borrarse, si no pueden impugnarse sino con insubstancialidades, ¿quiénes somos nosotros para exigir otras mas palpables aun y mas luminosas? ¿Debe acaso el cielo arreglar sus designios á nuestros débiles pensamientos? Y cuando justamente debemos contentarnos con las luces que nos da, ¿estaremos autorizados para murmurar por la falta de las que ha juzgado conveniente rehusarnos? ¿No manifestó Jesucristo su resurreccion

á testigos irrecusables? ¿No vemos el testimonio de estos, y no se presenta aun á nosotros tal cual debe ser para llevarse tras sí nuestro consentimiento? Pues esto es todo cuanto se necesita para que seamos discretos en nuestra creencia, é inescusables en nuestra infidelidad. «Y ¿á quién se quiere que estuviera Jesucristo obligado á manifestarse con evidencia? ¿A quien? ¿A aquel Gobernador cobarde, que le habia condenado contra su misma conciencia? ¿A aquel ligero y voluptuoso Herodes, que tan indignamente se habia burlado de él? ¿A aquellos sacerdotes, doctores y fariseos, que no cesaron de perseguirle hasta que con sus intrigas y calumnias le hicieron conducir al calvario? ¿A aquellos judios furiosos, que estando colmados de beneficios suyos habian pedido á gritos su muerte, y que cayera su sangre sobre ellos y sobre sus hijos? ¿Por qué título eran acreedores todos estos malvados al favor de la aparición de Jesucristo? Pretender que Dios deba derramar sus gracias con mayor profusion sobre los mas indignos, y multiplicar las pruebas de su fé á proporcion de la resistencia que se haga para admitirla, es injusto y fuera de razon. (1)» Manifiéstase Jesucristo á sus discípulos, y en seguida les manda anunciar su resurreccion; de este modo se manifestó por medio de ellos á toda la tierra, y por el testimonio de estos siempre el mismo en la sucesion de los siglos se manifiesta aun á nosotros. Quisiérais que en cierto modo hubiera hecho enmudecer á sus enemigos con el resplandor irresistible de su presencia gloriosa; pero esto es precisamente lo que no queria. Si quiere que la fé tenga fundamentos para ser racional, quiere tambien que sea libre para que sea meritoria; exhibe á todos pruebas suficientes; pero aquel que en esto recibe menos no tiene derecho para quejarse y darse por agraviado porque otro haya recibido mas. Preguntais por que no se apareció Jesus á toda la ciudad de Jerusalem, á la sinagoga y á todos sus enemigos, ¿y por qué os preguntaré yo, no se apareció en Roma, en Co-

---

(1) *La Luzerne*, Dissert. sur la Religion, II.<sup>a</sup> Dissert. cap. II, n. 74.

rinto, en Éfeso, y en todos los puntos donde su resurreccion fué predicada y designada por base de su relijion? Las preguntas de esta clase no tendrían término.

¿Pero no se pudiera decir con el Ginebrino Juan Santiago? «No tengo noticia de ese milagro, ni de los demas, sino por hombres. ¿Quien ha visto tal milagro? Hombres. ¿Quien me lo refiere? Hombres. ¡Siempre hombres entre Dios y yo! «¿No era mas sencillo que me hablase el mismo Dios?» ¡Bien propio es de un Sofista orgulloso ese tono irreverente para con Dios que le dió el ser que tiene y el talento de que abuse para blasfemar de él!

¿Por donde tenia noticia Juan Santiago de la existencia de César, de sus conquistas y de su su fin trájico, sino por el testimonio de las jeneraciones que se han ido sucediendo durante diez y ocho siglos? No son ciertamente pocos los hombres que han mediado entre aquellos sucesos y Juan Santiago; ¿y se creeria por eso dispensado de creerlos? ¿No se le tendria por un insensato si no los creyera? Pero él hubiera querido que Dios le hablase; ¿y por que á él y no á otro? ¿Pensaba que el fuego de su imaginacion seria un título de preferencia á los ojos de aquel que nada aprécia tanto como la inocencia y la virtud? Seria pues necesario que Dios se manifestara por medio de revelaciones particu'ares á todos los individuos de la especie humana; que por consiguiente se trastornara á cada instante todo el órden natural de las cosas; que se multiplicaran indefinidamente los milagros y se hicieran tan frecuentes y comunes que perdieran todo el esplendor y la eficacia de tales, hasta hacerse inútiles; en esto, en efecto, terminarian al fin las pretensiones de una sabiduria aparente y presuntuosa.

Así, Señores, si considero la declaracion de los testigos oculares de la resurreccion de Jesus, la hallo dignísima de fé; si considero la autoridad de los Judíos y de los Paganos que al principio del cristianismo creyeron el milagro de la resurreccion, y le confesaron hasta en medio de los tormentos, encuentro que su voto es de un peso inmenso; si considero la suposicion del robo del cuerpo de Jesus, veo que ni aun sombra tiene de probabilidad; por último, si considero las dificultades de los incrédulos, las halló faltas de fundamento y de ninguna fuerza en comparacion de nuestras pruebas histó-

ricas: de modo que procediendo con justicia debo creer que Jesucristo resucitó. Pasemos ahora á las consecuencias de esta resurreccion.

No basta creer la resurreccion de Jesucristo, y admirar este rasgo resplandeciente del poder divino: *Todo cuanto está escrito*, dice el grande Apóstol (1) *está escrito para nuestra instruccion.* En la religion del Dios verdadero y tres veces santo, todo debe dirigirse á la ilustracion de nuestros entendimientos para producir la reforma de nuestro corazon. No es este uno de aquellos sucesos históricos, consignados en monumentos fidedignos, que se creen porque deben creerse; pero que no teniendo conexion con nuestros principios religiosos ni con nuestra conducta, no pueden al cabo inspirarnos grande interés. Tales son por ejemplo la muerte de Sócrates, el consulado de Ciceron y el reinado de Augusto, que se pueden ignorar impunemente, como se pueden creer sin sacar consecuencias de mucha utilidad. La resurreccion de Jesucristo es un hecho que trae tras sí consecuencias inevitables, que deben fijar para siempre nuestra creencia; advertirnos lo que se ha de practicar, enseñándonos lo que se ha de creer; ordenar por consiguiente nuestra conducta, nuestro culto, y el homenaje debido á Jesucristo, y enlazar con la vida presente nuestra suerte futura.

La primera consecuencia que se deduce de la resurreccion de Jesus, es que fué verdaderamente el enviado de Dios. Presentase en medio de la Judea, y se anuncia como el enviado del cielo para formar adoradores de Dios en espíritu y verdad; no disputa, sino que decide; no diserta como filósofo, sino que habla como Señor: la sabiduría reside en sus labios, como la inocencia en sus acciones: sublime en su sencillez, enseña sin ostentacion, sin esfuerzo y como revestido de autoridad: el pueblo se complace en oírle, y dice que jamás ha hablado ningun hombre como él (2). No hay duda en que la santidad de su vida y la escelencia de su doctrina anunciaban en él no sé que de celestial que la tierra no habia visto nunca, y que descubrian en él un personage con mas derecho que

(1). Róm. XV. 4.

(2). Joan. VII, 46.



## INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO.

	Pág.
Suscripcion en favor de Su Santidad.	
ESPIRITUALIDAD E INMORTALIDAD DEL ALMA, por el Sr. Director D. Nicolás de Lora Pro. . . . .	245
Las creencias religiosas de los principales filósofos de los tres últimos siglos, FRAY LUIS DE GRANADA. (Conclusion.). . . . .	253
Necesidad del poder temporal, por el Sr. D. Agustin Sanchez y Torres, Pro. . . . .	261
POESIAS.—Al nuevo presbítero D. Antonio de la Peña y Ojeda, por D. Francisco Rodriguez Zapata . . . . .	274
El Rosario de mi Madre, Leyenda religiosa, por D. Gaspar Bono Serrano, Capellan de honor de S. M. (Continuacion.). . . . .	280
Soneto a Sta. Teresa de Jesus, por D. Antonio S. Mogue . . . . .	287
SECCION OFICIAL.—Reglamento de segunda enseñanza. (Continuacion) . . . . .	288
ROMA.—Alocucion de S. S. . . . .	291
VARIEDADES.—Regla. dia 8 de Setiembre, por D. Nicolas de Lora. . . . .	295
Discurso del Obispo de Orleans en Malinas. . . . .	302
Carta del mismo a Ratazzi. . . . .	314

### ANUNCIOS.

Coleccion de las Alocuciones consistoriales, Encíclicas, y demás Letras Apostólicas citadas en la Encíclica y *Syllabus* del 8 de Diciembre de 1864. Obra utilísima para todos los Sacerdotes é hijos fieles de la Iglesia. Forma un grueso volumen de 712 páginas, mitad en latin y mitad en castellano.

Se halla de venta á 34 rs. en esta Administracion, pudiendo pagarse por mensualidades.

### BREVES REFLEXIONES

#### FILOSÓFICO-POLÍTICAS

#### SOBRE LA MUERTE DE MAXIMILIANO.

#### POR DON FRANCISCO ROMAN Y CAMPOS.

Magistral de la Catedral de Ceuta y miembro de varias sociedades científicas.

Se halla de venta al precio de 4 rs, en la administracion de la Verdad Católica, Colon 10.